PLEXOPERÚ

Poesía y Gráfica Perú-Chile

Chimbote, Trujillo, Lima,
Temuco, Santiago y Valparaíso

quimantú

PlexoPerú: Poesía y gráfica Perú-Chile

Chimbote, Trujillo, Lima, Temuco, Santiago y Valparaíso

PlexoPerú: *Poesía y gráfica Perú - Chile*
Chimbote, Trujillo, Lima, Temuco, Santiago y Valparaíso

Editora: Karina García Albadiz
Corrector: Rodrigo Suárez Pemjean
Gestores peruanos: Luis Cruz y Elí Urbina
Editor gráfico: Patricio Bruna

Portada y contraportada: Carolina Salinas, "Mar y Tierra",
aguafuerte, 2013 y "Espera infinita", colagrafía, 2013.

Centro de Investigaciones Poéticas Grupo Casa Azul

Editorial Quimantú
Colección Poesía a toda Costa
Santiago de Chile, agosto, 2014
www.quimantu.cl
editorial@quimantu.cl

Segunda edición
Páramo Editorial,
Colección PlexoAmérica
Santiago de Chile, diciembre, 2020

PlexoPerú

Poesía y gráfica Perú-Chile

Chimbote, Trujillo, Lima, Temuco, Santiago y Valparaíso

Páramo Editorial

Presentación

Nuestras repúblicas se ligarán de tal modo, que no perezcan en calidad de naciones sino de "hermanas", unidas por todos los vínculos que nos han estrechado en los siglos pasados, con la diferencia de que entonces obedecían a una sola tiranía, y ahora vamos a abrazar una misma libertad…

(Carta de Simón Bolívar al Doctor Unanúe, Presidente del Perú, 25 de noviembre de 1825)

Así soñaba la Patria Grande el Libertador de América, en donde las fronteras se desdibujaban y la América Morena caminaba su ruta y luchaba unida contra sus enemigos, viviendo en pleno la diversidad de cada uno de sus integrantes. Desde entonces son muchos los soñadores que han ocupado sus fuerzas para construir este proyecto, aportando su grano de arena para que Latinoamérica se abrace y mire un futuro común.

Este libro es ese horizonte a través del arte, afianzando los lazos fraternales entre estas, aún, naciones, teniendo en la mirada la idea de la Patria Grande. *PlexoPerú* es un conjunto de poesía y gráfica, nacida en Chile y el Perú, que se entrecruzan al interior de sus páginas, posibilitando jugar con los sentidos y atravesar las diferencias que se han demarcado por años entre estos hermanos/vecinos. Chimbote, Lima, Trujillo, Valparaíso, Santiago, Temuco son los lugares de artistas y poetas que en este libro se conectan a escala de sentimientos para ramificar, desde estas disciplinas fundidas, un cuerpo flexible, experimental, que golpea los sentidos.

Editorial Quimantú entrega este compendio de imágenes y palabras; de arte plástico y poesía, con la intención de hacer un aporte a la mixtura entre las dos culturas que se encuentran en este libro, llenando de Latinoamérica a quien se introduzca en sus hojas.

Editorial Quimantú

Agosto de 2014

Contrapunto Chile-Perú: lucha por una producción que no pierda su capacidad de significar

> *Imitar desde aquí a alguien resulta escandaloso. En técnica nos superarán y dominarán, no sabemos hasta qué tiempo, pero en arte podemos ya obligarlos a que aprendan de nosotros y lo podemos hacer incluso sin movernos de aquí mismo.*
>
> José María Arguedas en "No soy un aculturado", 1968.

Continuar las modulaciones del proyecto PlexoAmérica, una colección dedicada a reunir el diálogo entre poesía y artes gráficas de los nódulos culturales latinoamericanos, nos ha llevado a un escenario geopolítico distinto, a un plexo en apariencia fracturado por la historia y sus estereotipos. Hemos hecho coexistir en la escritura poética y en prosa, el trazo estético entre texto e imagen, poniéndolo en circulación tozudamente a contrapelo de la lógica comercial, del circuito mercantil del arte. Se hacía imprescindible fomentar un papel activísimo del gestor cultural. Con mucha suerte dimos con el poeta chimbotano Elí Urbina, que trabajó incansablemente para convocar a los poetas peruanos aquí publicados. Este poeta, del mítico Chimbote —trasfondo del libro *El zorro de arriba y el zorro de abajo* de José María Arguedas—, creyó en este proyecto porque, para él: "el plexo se parece a un árbol y la raigambre de este árbol, que es de verbo sale, en busca de una tierra desde la que canta al unísono con el árbol nativo". Y reflexiona, refiriéndose al fallo sobre la soberanía marítima de la Corte Internacional de Justicia de La Haya del 27 de enero:

> cómo negar que una obra colectiva que busca la hermandad, en medio del distanciamiento, genere un gran contraste. Ya el imaginario social ha observado por boca del poeta que el rencor no debe ser la grieta por la que allí abisme el hombre. Y es que desde nuestra mirada, la poesía, como un tsunami de verdor o plata, no permanece en silencio de muerte ni encerrada en hielo, se lleva por delante a cualquier alambrada que se ponga en su camino, al arrastrarse crea vida y transmuta la mierda en oro.

Concordamos con Elí, el artista siempre está en medio de la realidad y tiene que pronunciarse ante ella; por eso, ante el trabajo deficiente de los Estados que se han empecinado en separarnos, señalamos que para nosotros el peruano representa el origen. Muchos venimos del norte de Chile, emparentado con Bolivia y Perú; además representa el legado de sociedades con un fuerte componente indígena y grandes escritores que lucharon por integrar este indígena a la sociedad peruana. Cómo no apostar a la hermandad reflexiva y crítica de la creación.

En este desafío, *PlexoPerú, Poesía y gráfica Perú-Chile: Chimbote, Trujillo, Lima, Temuco, Santiago y Valparaíso* reúne la poesía de seis ciudades: tres chilenas y tres peruanas. Continúa de esta manera la línea iniciada con *PlexoAmérica: Poesía y Gráfica Morelia-Valparaíso*, publicado por Ediciones Universitarias de Valparaíso en el 2013. No pretendemos un panorama exhaustivo de la poesía o gráfica chilena y peruana. Nuestra aspiración legítima es establecer pautas claras y definidas de valor estético y artístico, ya que hemos aprendido en estos años que un buen ejercicio de honestidad intelectual nos lleva indefectiblemente a trasmutar la estética en ética. En esta búsqueda, no se trata de homologar pintura y literatura, sino de asumir que la aproximación entre estos dos lenguajes es necesaria y permanente. El resultado de esta labor de edición es la incorporación de cinco poetas y cinco artistas gráficos por país, convocando a 20 productores culturales: dialogan el poeta Nilton Santiago (Lima) con el artista visual Edwin Rojas; Gonzalo Pantigoso (Chimbote) con Axel Ekdahl; Oscar Ramirez[1] (Trujillo) con Claudia Cataldo, Elí Urbina (Chimbote) con Patricio Bruna y Luis Cruz (Lima) con Marko Molina. Todos los artistas visuales chilenos son de Valparaíso. En la segunda mitad, dialogan la poeta Natalí Aranda (Valparaíso) con la artista visual Verónica Noriega (Lima), Héctor Santelices (Valparaíso) con Zoila Reyes (Lima), Claudia Jara (Temuco) con Carolina Salinas (Lima), André Meyer (Santiago) con Daniel Cotrina (Cajamarca) y Patricio Bruna (Valparaíso) con Marco Durán (Lima). La mayoría de estos productores culturales son desconocidos fuera de su ámbito, pero ello solo otorga más valor a su trabajo, mereciendo ser difundido en un proyecto de fundamento colectivo.

1 Grafía estipulada por el autor

Con referencia a la escritura poética chilena podemos decir que Natalí Aranda sorprende con una temprana voz que se atreve a poetizar la metafísica del tiempo y de las sustancias. Héctor Santelices posiciona su lenguaje en el clivaje entre un barroco desbordante que amenaza con vaciarse en su cadena de sobre-adjetivantes, para redimirse al último instante cuando la voz poética recula hacia la autobiografía y el pronunciamiento sociomarginal, donde alcanza su profundidad estética. Claudia Jara, en cambio, opta por un lenguaje descarnado, de respiración corta, elevando la vida de los márgenes y la experiencia del fracaso en una epopeya escueta y crítica. André Meyer interpela el lenguaje cristiano, cargando con una fuerza prometeica su metáfora lúcida. Y finalmente, Patricio Bruna da cuenta de una propuesta deconstructiva que concreta una tensión entre el lenguaje y sus referentes, destellos de lo que no llega a acontecer.

Estamos plenamente conscientes que vivimos momentos en que la literatura latinoamericana ya no capta la atención internacional a través de editoriales españolas como en los sesentas. Vivimos un post-boom, donde la poesía ganó y no ganó el Premio Nobel y los movimientos de avanzada ya cifraron su discurso para sobrevivir en un contexto dictatorial. Vivimos tiempos de homogeneización cultural donde el mercado impone un pensamiento único y la diferencia se vuelve indeseable. Por lo mismo, justamente ahora se hace más necesario atender a las regiones olvidadas de la humanidad porque estas evidencian la originalidad de la producción cultural latinoamericana actual. En este contexto, la plástica y la literatura, como nos señala Marta Traba, debieran consistir en "una búsqueda que implicara la negación del regionalismo ramplón, folklorizante y también la aceptación acrítica de las respuestas externas". Una de estas respuestas es, por ejemplo, la del arte en su expresión hiperrealista. Ante eso, tenemos una crítica vehemente a la opción mimética de sectores de la plástica y la literatura; por lo tanto, apostamos en todos nuestros proyectos culturales a la creación de propuestas innovadoras que rompan con esta sujeción literal al modelo en el arte, la literatura y la cultura latinoamericana. Nos gustan los artistas que saltan al vacío y no se alarman del porvenir, aquellos que se zambullen intensamente en su realidad local para inscribirse en estructuras de significancias globales. Si somos un continente ocupado, entonces tenemos que resistir. Todos los artistas visuales que participan en este

proyecto resisten a través de una alta elaboración simbólica de la memoria cultural. No pretenden construir una gran historia al estilo del muralismo mexicano, porque no están construyendo la simbólica de un Estado sino que están aportando con historias mínimas y cotidianas que ponen en cuestionamiento el sistema global, incluyendo ese mismo Estado. Esta plástica utiliza personajes no fácilmente reconocibles por parte de una historia común sino que son seres amorfos, fragmentarios, ocultos tras máscaras que interpelan nuestro andar con juegos y canciones infantiles donde los animales son metáforas de lo ambiguo de nuestra América. Para ello la técnica mixta, la xilografía, el aguafuerte, son mecanismos de intervención en una suerte de friso urbano que interpela los sistemas de modernización donde el desarrollismo nunca llegó. Una espera infinita nos propone este viaje urbano por una ciudad donde mar y tierra albergan casas viejas que coexisten junto a modernos edificios. Es el respirar de América, los plexos culturales, que por la vitalidad que tienen en estas ciudades la creación literaria y visual, son catalizadores de fuertes conflictos entre tradición y vanguardia. Estos poetas y artistas visuales ya decidieron hacer la síntesis y saltar.

Karina García Albadiz

Grupo Casa Azul

Una nueva geopolítica visual y poética para chilenos y peruanos

Los poetas y gráficos reunidos dan cuenta de la gran cantidad de ciudades, verdaderos plexos culturales; son radios que, con sus ondas, nos están refrescando con nuevas voces e imágenes desde el centro y norte de cada país. Este dinamismo también se comprueba en la actividad gestora y creadora llevada a cabo por las nuevas generaciones, por ejemplo: el Festival "Este puerto alucinado" de Chimbote o los Festivales de Poesía de Iquique.

Si vamos a un marco mucho mayor, quizás este es uno de los plexos con más carga histórica que tenga esta parte de Latinoamérica. Un lugar de fisura, de falla sísmica política e histórica, a la que se sobrepone un área de culturas afines, de mixtura entre diferentes pueblos, de relaciones profundas no reconocidas en los discursos del poder. Aquí estamos todos convocados porque nuestra voz es una voz futura, una que se base en el lenguaje de la poesía primero y luego construya todo lo demás. Proponemos, entonces, con este plexo una "geopolítica visual y poética" para que chilenos y peruanos nos miremos con nuevos ojos y, quién sabe, sirva de ejemplo para miradas renovadas en nuestro continente, más allá de las divisiones artificiales impuestas históricamente por las políticas nacionales.

Los poetas y artistas peruanos reunidos aquí dialogan con sus representaciones en palabras e imágenes. Nilton Santiago abre con una de las propuestas más complejas y polivalentes del libro. Deconstruye la experiencia cotidiana y las relaciones humanas, que tiene un algo "demasiado a un montaje de Brecht" y se puede ser "una rana republicana". Gonzalo Pantigoso presenta al amor totalmente desollado y expuesto en su piel más íntima: "el ímpetu de la tierra permanecerá dormida en tus entrañas" o fabrica el espacio de la ausencia con "la otra mitad del silencio/ ni la otra mitad del odio". En otro punto tenemos a Oscar Ramirez, que nos propone el análisis, en la propia piel, de la libertad como un objeto perdido y envidiado: "He sometido análisis y vergüenzas en un mismo cristal/ Desearía sostener la oratoria de otros que sonríen vulgarmente lejos de aquí". Describe con precisión el lugar donde existe esa libertad

perdida: “Edificios de concreto, ventanas enrejadas, un patio donde el juego se oxida y gritos corren como hilos en quiebre”. Luego viajamos donde Elí Urbina —gestor a este lado del paralelo, del proyecto PlexoPerú— que con su voz nos recuerda que la vida está llena de pulsaciones: el miedo en forma de ratas: “ratas brincando a quemarropa en el pasillo/ ratas cuando a tientas buscamos la salida”; o pulsaciones en la vitalidad pura del deseo: “nuestras almas se elevan sobre sí mismas/ todavía el mundo tiene pulso”; o del misterio más profundo que es el cosmos: “me encuentro tanto en la tierra como en el cosmos/ el cosmos me contempla al contemplarle”. Por último, el que les habla cierra con una galería de bestias y osarios en donde a cada momento recuerdo que algo nos espera en el otro mundo: “El aplauso y la alabanza queman/ al último sobreviviente, a la nota final”. Y en ese otro mundo podemos ser libres de límites y ensueños: “mis bordes definen el cuerpo/ no se expande lo que no ves”. Aunque siempre nos encontremos frente al dolor de la ira de Dios: “Le duele hasta los huesos las voces que llaman, le duele hasta el más allá las miradas dadas”.

Con estas cinco escrituras y las correspondientes a Chile, PlexoPerú pretende mostrar, a quien tenga en sus manos esta obra, diez momentos distintos, como diez capítulos de un mismo libro, que parecen no tener un puente, pero dialogan entre ellos y con la innovadora propuesta gráfica, también de chilenos y peruanos. ¿Sobre qué dialogan? Esa respuesta se la dejamos a cada uno de ustedes, estimados lectores.

Luis Cruz

Lima, febrero 2014

P L E X O P E R Ú

Poesía y Gráfica
Perú Chile

Edwin Rojas, "Retrato con bici", Litografía, 2006

Poesía:

Nilton Santiago

Lima

Otro arreglo de cuentas con los pájaros

Por qué diablos tuvimos que ver tantas iglesias y tantos gatos, como geranios,
y tantos sindicalistas en el fondo de los taxis y tantas iglesias
(como si fuesen la calderilla que Dios
arroja en la barra de un bar).
No habíamos facturado por mi culpa
y las maletas de mano pesaban tanto
como el corazón de una ballena varada en una lágrima y llovía.
Pero era nuestra agonía la que en realidad nos costaba llevar
(y no la lluvia en el fondo del taxi)
y la que nos emparentaba con los perros abandonados en la sonrisa de las enfermeras.
Al final llegamos a casa —porque todo llega— deseándonos
como deben desearse los personajes literarios fuera de los libros
pero, claro, tú —la bipolar— al final *ni puto caso*.

De pronto empezó a llover, era la segunda vez que llovía en el día
y parecía que desempacábamos las olas del mar.
Entonces, "para romper el hielo", decidí ir a buscar el periódico y unos chocolates,
—qué gran cobarde, qué gran malhechor—
haciéndome paso entre una manada de antílopes
que habías traído como *souvenirs*,
preciosos baobabs de varios metros de altura.

El barrio era el mismo, la tienda del paquistaní
era la misma nevera en medio de la calle,
y las mismas líneas de cebra cruzaban la avenida
(quizás alguien se había esnifado alguna línea, pero todo seguía igual)

Hasta vi al hombre oscuro que arrastraba su carrito de la compra

con estrellas y otras chatarras,
husmeando en la basura como un gran sabueso.
(A propósito, el hombre oscuro no conoce el pan porque él es el pan,
nadie sabe que guarda una estrella perdida en otra estrella
—como una pata de conejo—
pero no le importa, como no le importa a la lluvia
volver a la mano de Urano, una y otra vez)

Vuelvo a casa sin nada. Me he dejado la cartera y sí, sigues cabreada
y dices cosas como "siempre igual" o "lo tuyo no tiene arreglo"
mientras me preparas unos huevos fritos.
Hoy los telediarios han anunciado otro desahucio de un poema
de su abecedario de agua,
y han hecho un largo reportaje de un matrimonio de nutrias caídas en desgracia
por morder la costilla de Eva, sí, otra "cortina de humo".
Busquemos entonces la manera de cambiar este rollo de la melancolía
por más melancolía, de buscar las armas de la limpieza en el mensaje de las aves
que "han pasado" de las migraciones de invierno
y olvidemos esto de la crisis, de saqueos de bancos, de estafas a jubilados
y de haber visto tantas iglesias,
como si fuesen las cicatrices de Urano.
Vaya, vaya, me dices, mientras me paso la saliva, ¿sabías que los indios de la Guayana preparan un licor con las cenizas de los muertos?
Sí, se te ha pasado ya el cabreo
y a mí las ganas de comerme los huevos fritos.

La hermenéutica de los Búhos

Me juego una semilla de girasol
a que nadie sabía que las ovejas no beben agua en movimiento
o que, de promedio, una persona tiene más de 1460 sueños al año
eso sí, sabemos que algunos búhos seducen a los árboles
para llevarse de paseo la sonrisa de los suicidas
o, simplemente, para beber las lágrimas que Baruch Spinoza abandonó
cuando se enteró de que sus filosofadas sobre la "sustancia divina infinita"
(que para él era la *realidad* o Dios) eran un cuento chino.
Es cierto, la vida se parece demasiado a un montaje de Brecht
y muchas veces la soledad nos pilla los dedos
aunque vayamos de monjes zen o de fumadores de albahaca
dímelo tú, que pasas frío en mi corazón
y te niegas a salir de casa sin un extintor para besos de alto voltaje.
(Un extintor puede que sea tan inocente como un cuchillo de madera
que regresa al bosque para atentar contra los aserraderos).
Siguiendo esta misma lógica, ahora pienso que el océano que tienes
bajo tu cama
tiene los modales de un gato, es decir, cuando le da la gana
escupe botellas con mensajes de amor como si fueran una bola de pelo.
Sería un crimen decir que para algunos filósofos presocráticos
las veinteañeras están llenas de buenas intenciones
o que las mariposas filosóficas son la solución para olvidar a Wagner,
es verdad, como ellos, también hay astrónomos que no saben llevar
una bicicleta
y confunden fácilmente estar enamorados
con tener ganas de comerse uno de los hoyuelos de tus mejillas
pero, qué demonios, a todos nuestra primera novia nos dejó el
corazón hecho añicos
y todos en mi país creímos que la lucha armada no se nos iría de las manos.

Bien sabes que no hace falta secuestrar la conciencia de un oficinista
para darte cuenta de que a este mundo le falta un tornillo:
es sociológicamente admisible saquear un banco o engañar a un querubín
con comida para aves a cambio de entrar al cielo,
pero si denuncias a un político que ha ganado la lotería 20 veces en un año
probablemente tendrás que empacar tus lágrimas y tirarlas por el retrete
no obstante no os hagáis los despistados,
escribid con una pluma de vuestra espalda,
salid a la calle sin abrir las alas
y veréis que tampoco vosotros sois los que creíais.

Las cenizas de Ulises

Ahora lo sabemos, tu país era la sonrisa de Ulises,
la frontera más allá de la frontera,
donde las vacas y los cangrejos escapan de algún Chagall
y donde los autobuses,
(como hospicios para dramaturgos)
son misteriosos escarabajos atrapados en las autovías.
Sí, nuestro país es una nena de veintipocos que aún piensa que los chicos
creen en el matrimonio,
en esa luz que se parece demasiado al sexo de los ángeles.

Deberíamos dejar de hablar de nosotros,
del *New York Times* envolviendo los anónimos recuerdos
de los campos de guerra,
como si fuesen pescado fresco,
allí donde los cascos azules caen como moscas
total, por la cuenta que les trae a los banqueros y a los gorriones
por esos lares, los honorarios de las estrellas
son los mismos que el de los pájaros que brotaban de tu sonrisa
cuando éramos pequeños y los árboles recogían
los frutos graves de la noche,
la frágil materia de las aves migratorias
(que también era la nuestra y la de las enfermeras de guerra)

Hoy he vuelto a casa, a la frontera más allá de la frontera
y tengo que decirte que los árboles son apenas un puñado de otoño
brotando de las chimeneas de los autobuses
(los árboles, que para nosotros eran mucho más
que los sindicalistas de los bosques)
que Chagall está en paro,
que las columnas de rebeldes han firmado una tregua
con los murciélagos de traje y corbata
y que ya nadie me conoce, a pesar de que he preguntado por ti.

Déjame contarte que la clase media ha sido embotellada y arrojada por el
retrete,
que nuestro amigo, el pescador, el que hablaba el dialecto
de las estrellas de mar,
ha dejado de beber, de colocarse y de hacer chistes sobre los conservadores,
y ahora lo ves deambular repitiendo una y otra vez
aquellas palabras de Céline:
"El amor es el infinito puesto al alcance de los caniches" y lo entiendo,
me pongo la chaqueta y, qué demonios, voy por cigarrillos
y una botella de ginebra.
Le hago otro flaco favor a mi soledad.

Cinco gramos y medio de milagros

Una a una, una fila de milagros hacen cola para entrar en la fábrica de pájaros que escondes bajo tu lengua y no es ninguna broma. Fíjate; no hay aritmética posible que explique por qué los crisantemos escarban la tierra para buscar las urnas donde los perros esconden sus lágrimas, pero tú siempre tienes la respuesta correcta para todas mis metidas de pata: un portazo detrás de tus labios. Es cierto, *se me lengua la traba* cuando quiero escribir poemas contra la manipulación transgénica de la conciencia de las rosas o, simplemente, una carta de amor para una pelirroja de calendario, pero qué se va a hacer, ya sabes que soy tan tonto que antes de decirte *lo siento* (otra vez) me tengo que leer una treintena de manuales de cómo psicoanalizar a un ornitorrinco. Hace un par de minutos que acaba de pasar un milagro en el lomo de un caracol: no es que yo sepa reconocerlos, pero cuando se sale con nenas como tú se es capaz de diferenciar, al menos, 132 tipos de sonrisas entre mis labios y tus pecas. No obstante, pasan las horas dentro de los pétalos de la lluvia y tú sigues en tus trece, los pobres seres del aire poco pueden hacer para vendar nuestras heridas, sobre todo si aún quedan estrellas por forjar entre tus cejas; aunque sé desde hace mucho que está prohibido ser pobre y besar tus labios a 100 kilómetros por hora. Detrás de esa puerta está mi corazón o llámalo como quieras, su historia es tan absurda como la de un taxidermista de sueños; en cualquier caso, tienes razón, te he tejido más de un problema, pequeña astronauta, te he mordisqueado el lóbulo de la oreja cientos de veces a media noche para sacar a pasear a tu sonrisa por mi corazón y créeme que no lo siento, ya sabes que el amanecer es el panadero que nos envía la noche para hornear mis besos sobre tus labios y por eso prefiero desayunar directamente de tu boca. La soledad es un activo financiero en toda regla y también el origen de todo este embrollo de no quererte más lejos que al otro lado de mi almohada. Vale, no hace falta más que llorar para darse cuenta que también los cangrejos usan despertadores

para abrazar el mar, pero para nosotros no son más que animalillos que nos cortan el rollo cuando el alba empieza a colarse por tu sonrisa. Piedra, papel y tijera son lo mismo si todo lo solucionas con un susurro en mis oídos para echarme de tu lado de la luna y dejarme con las ganas de morderte las estrellas. Otra noche más tendré que hacer cola para entrar en tu fábrica de pájaros, lo sé, también soy yo una de tus equivocaciones terrenales y sí, es cierto, los poetas deberían pagar impuestos por su uso excesivo de las estrellas, *bla, bla, bla*, ni el sonido de las lágrimas al romperse ni el "cuac" de los patos hacen eco, *bla, bla, bla*. Ciertamente, algún día se venderá poesía "al peso" y algunos peces pasan sed.

Love history

Anochece,
(o eso parece por la forma en que la luz empaca tu sonrisa)
la luna es una libélula más alrededor de tu corazón
y la melancolía, como el corazón de una fulana, crece desmesurada y
bellamente
hasta exiliarse entre tus labios y mis labios,
o entre lo que queda de nosotros y la tristeza de los árboles, mejor dicho.
Hay movimientos obreros bajo el campo lunar de tu cama
hay plazas rojas, hay Tian'anmen, hay Place de la Bastille
y a ti lo único que te preocupa
es que tus pecas cambian de sitio cada vez que te duchas.
Quién diría que a estas alturas del partido estaría tan colado por ti
ahora me lo explico; haces conmigo lo que los pájaros con el aire:
lo seducen para poder volar y no caer a plomo.
Sé que nunca un alquimista tuvo un diente de oro
sé que Giacometti almuerza cada día en la terraza de tu mirada
y se juega tres gramos de talento por ver de cerca tus lunares,
sé que ahora pasas de mis huesos
porque no me gustan los lentos besos de cinco estrellas
o porque creo que el sindicalismo es una pecera en una casa de citas.
Te echo tanto de menos que no me acuerdo ya ni de tu nombre
y no, princesa, no quiero besos de despedida, soy una rana republicana.

Fragmentos del mensaje de un ángel en el contestador de un teléfono

También el corazón de Miles Davis era una rosa enferma.
Venía cada noche a nuestras largas sobremesas porque nos conocía muy bien,
(como conoce el cuchillo de eviscerar el intersticio de luz
en el vientre del pescado).
Es cierto, tuvimos pocos amigos
y éramos tan sencillos
como los pájaros que brotaban de tu sonrisa
y que ahora pueblan los jardines que crecen en esos corazones
que un día enterramos como huevos de luz.
Pocas cosas como las lágrimas de los erizos en luna llena, Miles,
pocas cosas como tu mirada entre los tobillos de las estrellas
pocas cosas como tu corazón de helado de vainilla
(que era, ciertamente, como aquella ventana
por donde el sastre de Dios tejía la oscuridad del mundo).
Ahora hemos dejado algo de nosotros mismos detrás de las puertas
y hemos muerto y renacido un poco
en cada estrella que escondíamos bajo la cama,
como relámpagos de silicio,
pero de poco ha servido,
sí, porque hemos dormido infinitas noches entre otros animales menos dóciles
—como las libélulas en la sonrisa de las enfermeras—
en cada paso hemos dejado intestinos y silencio
y hasta hemos soltado al reptil que después de las miradas
quedaba tras los ojos
y hemos vuelto a recogerlo con el corazón y hasta con las manos,
como si así se nos cobrara, querido Miles, el estar vivos.

La tristeza de Sebastián en sueños

Todavía no habías conocido el blanco lomo de la muchacha que sostiene
la tierra
pero ah tus líquidas manos, como las alas de un búho,
sostenían los pesados metales de mis sueños.
Habíamos desayunado, como siempre, fruta fresca
y un triste pan con mantequilla
—sin duda otra declaración de amor de nuestras mañanas—
te hablé entonces del pesado cangrejo que cada mañana me encuentro en el
metro,
del invertebrado animal que cena conmigo cada noche y que dicen que
"soy yo"
como si "ser uno" sea algo de lo que se pueda hablar
en un poema sobre el suicidio de una adolescente en Citerea.

Estaba preocupado, nuestros vecinos, delgados como maquinillas de afeitar,
me habían visto demasiadas veces deshuesar nuestros sueños.
Entonces abrí el periódico para disimular
como si diseccionase una gran ballena,
las manchas de mis dedos llenos de tinta en tus muslos rosados
eran una lengua que solo tú entendías
(De EFE: *"Cambian biblias por pornografía en Texas";*
*"Detenida y esposada una niña de 12 años en Nueva York por escribir en su
pupitre"*).
Decían que no sabías estar triste, que dejabas un cardumen de peces bajo
la noche
y un anzuelo en las manos de desempleados.
(Durante esas noches, querida, tu sonrisa era como un abrazo de Dios
y nuestros cuerpos la cama caliente de la luna.
¿Era entonces tu infancia el lívido viaje de la lágrima
o del mercurio en el vientre del animal de la melancolía?
La vigilia —como una torpe herida—
merodeaba por tu luz para que yo, de noche, comiera de esa infancia,

esa sucia lámpara que nos envenena en la vejez).

Volvamos a lo nuestro —me dijiste— y entonces citaste a Groucho:
"El matrimonio es una gran institución. Por supuesto,
si te gusta vivir en una institución"
el café con leche descremada y el tabaco habían hecho su trabajo en tu aliento,
como si una rosa bostezara, para decir la verdad.

Algunos dicen que tu sonrisa era la primavera que recibía a los hombres
con sus huesos abiertos,
igual que la lluvia a las afueras de Lima donde la pesada sangre de los cangrejos
brotaba de los grifos de nuestro piso de alquiler.
Es cierto, cuando sonríes ya ni siquiera tememos a la viscosa materia de la derrota
porque la confundimos, inútilmente,
con una estrella metida en un sobre de terciopelo.
Es de noche y ya sé que hemos apuntalado a la luna con nuestros fragmentos
—tranquila— ya llegará el alba
(como un hueso en la boca de un perro hambriento)
y devorará lo poco de tristeza que rescatamos de aquel café del Barrio de Gràcia
—*sí*— aquel café
donde por primera vez hablamos de Celan y Julio Ramón.
Quién diría que la primavera te esperaba en un bar con sus largas y blancas piernas
mientras disparaban en la nuca a la vieja activista rusa
y que hacíamos el amor cuando el *World Trade Center* se desangraba.
Quién diría que ahora nuestros nocturnos huesos
también se disuelven lentamente en el café…

Entonces soy yo el que cita a Marx: "*¿Que por qué estaba yo con esa mujer?*
Porque me recuerda a ti. De hecho, me recuerda a ti más que tú".

Soy honesto contigo y entonces te digo que sí, que eres la muchacha
que sostiene la tierra
en nuestras mañanas,
mi pequeña sacerdotisa egipcia.

El otro milagro de la rosa

No conocíamos los suburbios lluviosos en la espalda tibia del muchacho
que pagó por tus sucios huesos y tu boca, a las afueras de París
tampoco conocíamos la serena luz de nuestra especie
cuando éramos acorralados en el primer y único instante de la muerte
cuando leíamos los poemas de Jean Genet en el campo de refugiados de
Sabra,
ese metálico milagro que creemos merecer
y no lo digo por Genet, sino por la muerte
(y no es broma),
solo sabíamos que, cuando dormíamos con el corazón escayolado,
los huesos navegaban en el fondo de las estrellas,
dentro, quizás, de los terribles esqueletos de los coches.
Tuyo era, Jean, el cadáver con el cráneo destrozado
(como un higo demasiado maduro),
eso nos pasa a los que recogemos los platos sucios de la mesa de Dios,
escondiéndonos siempre en la sangre ya seca del ángel suicida
que un día se disparó con tu revolver de magnesio.
(Conocernos fue el ejercicio más cruel del amor, el artificio del poema en el
inicio del poema).
Lo sé, los chicos de los manicomios son inmortales y bellos
como lo eran los ferrocarriles repletos de judíos
que perforaban el sol en las mañanas frías de trabajos forzados,
cuando nevaban pájaros y no tu nombre.
También sé que disuelves lentamente nuestro amor
en el café que olvidaste sobre la mesa
y que ahora apenas es lluvia o el tenue óxido que dejabas sobre las ventanas
y los tejados / cuando soñabas.

Jean, olvídate mejor de apagar el sol o la luna, olvídate para siempre
del camino a casa, porque ¿sabes?

la luna es también triste y solitaria y muchas veces, sin saberlo,
se queda a dormir en tu mirada, como un animal mineral
a punto de morir.
(En ese entonces tu corazón brillaba tanto
como las aletas de una dorada entre los esteros).
En cambio, tú solo recordabas el sabor de la lluvia
cuando mojaba tus arterias en mis arterias,
y creíamos saber que solo nos separaba un corazón escayolado
o una mirada
y nos imaginábamos por un momento que no nos conocíamos
y que apenas salíamos del cuerpo, todos celestes y tristes,
solo con nuestra humana piel de noche o de lluvia,
la sombra de un animal dormido tomaba nuestro lugar.

Todo el mundo le llamaba a eso sonreír y, claro, nosotros también
(y más aún ahora, que nos hemos enterado que también se pagan
impuestos en el cielo).
Es por eso mejor no tratar de ser como el sol o la luna,
solitarios, como una gota de lluvia en el hermoso cadáver de una rosa
transgénica.
Creo que tenías razón:
también la memoria es un árbol congelado para quienes le debemos
dinero a Dios.

La oscuridad de los gatos era nuestra oscuridad

Entonces ellos, la soledad del mundo, custodiaban tu pálida sonrisa
tu hueso húmero diluyéndose fuera de la nevera
tu mirada limpia de cangrejo, tu pureza de agua mineral,
(también llovían gatos sobre el techo de mi casa,
pero no nos importaba, la oscuridad de los gatos
era nuestra oscuridad).
Entonces me imagino que tú, como yo, poco antes de dormir, Cesare,
refugiabas tu mirada o jugabas con la luna
quizá intentabas fabricar lluvia, un poco de cielo / un par de sueños
y así, de esos borradores, de esos bellos e inútiles intentos,
fabricabas la sonrisa de *Gella* o de *Ítalo*
aún cuando la mitad de tu cuerpo dormía y, posiblemente,
también tu corazón
como un ancla de cinabrio que se disuelve
bajo la cama de alquiler.
(como se disolvía el sol en las altos crepúsculos de tus gafas).
Aquellos primeros años rescatábamos nuestras casas
sobre las copas de los árboles
y nos entreteníamos borrando capitales europeas del mapa
como si se tratase de sacarnos el corazón,
todo azul y viscoso,
y llevarlo en el bolsillo, pobres —muy pobres— como osos hormigueros.

Cesare, ahora todo ha cambiado, la avena y el amor integral
han reemplazado a los huevos fritos
e incluso el cadáver blanco del ángelus
no es más que un partido político, siendo como fue, en tus días,
un ejército que liberaba a los pescados y a los cangrejos en los supermercados.
(Es que ahora vestirse cada día como un caballo y correr y correr
sobre el lomo de la luna
buscando una y otra vez la salida de emergencia
—como si estuviésemos perdidos en un zoco de Marrakech—

ya no es un oficio rentable).

Dicen que esas mañanas, Cesare, también la luna era una gota
de la saliva de «Dios»
y no era culpa tuya, bello pariente de los pájaros
y de los osos hormigueros,
que el hilo de luz que te unía a la luna haya sido apenas una lágrima
que jamás pudo abandonar tu mirada,
como no era tu culpa que aquellos ángeles atroces
(y sin derechos civiles)
temieran dormir contigo, porque jamás dormían.
Después de todo,
jamás supimos de la lluvia o del cielo
quizás, porque nunca nos acostumbrábamos a dejar del todo nuestra tristeza
natal,
y el pan con mantequilla del desayuno
o porque apenas nos diferenciaba
un cigarrillo encendido,
tendido sobre los labios como una serpiente de cinabrio.

Pero me pregunto si algo nos diferenciaba en realidad
esos segundos antes de morir bajo tu risa encendida, como una llamarada,
sin saber que jamás salimos de aquella tristeza natal
y apenas han pasado miles de años de mirarnos la mirada
hasta volvernos
ni siquiera esos ángeles atroces y sin derechos civiles
sino esa lágrima que te une a la luna y a mi corazón desolado, ah Cesare,
Cesare,
pero ahora lo entiendo,
la oscuridad de los gatos era nuestra oscuridad, la soledad del mundo.

Todos los infinitos crepúsculos

Este no es un poema para impedir la salida del sol
ni otro ajuste de cuentas con los pájaros,
sino un largo minuto de silencio para reconocernos tras la lluvia
palabras como árboles remando a la deriva en un poema de Mark Strand.
Sé que has dejado de fumar,
de culpar a la lavadora por nuestra falta de amor
por los electrodomésticos
pero vamos —soy cobarde— muy cobarde, como un fuego que acaba
y no quiero hacer de este poema
un encuentro con los que ya hemos dejado de ser
otra evidencia de nuestra falta de solidaridad con los peces.
Luego llegaban los lunes, pesados como una barriga a punto de dar a luz.
En ese entonces, antes de salir a trabajar, solías despedirte de mis huesos
alimentarte con lo que quedaba de mi cuerpo,
plateada e inclemente, abrías la garganta con sus paredes de terciopelo
y me comías a cucharadas,
la lluvia te alumbraba —*me decías*— mientras encendías el televisor y
desaparecías,
como un árbol acusado de soñar con una rosa inexistente.
No, no sabías cocinar ni tenías los pechos de Jayne Mansfield
tampoco tenías televisor, no leías a nadie,
no te gustaba Bach,
es más, gran parte de ti aún espera nacer dentro de tu madre,
mientras tanto,
ella te confunde con una espiral de ceniza que nace de su ombligo,
y que jamás cesa, como una primavera encubierta.
Respecto a mí, pues eso, a veces creo, más bien,
que soy ese animal que pasa la noche en ese refugio de carne y hueso
cuya única llave no es otra que la soledad
o un disco en llamas de Dizzy Gillespie
ardiendo en todos y cada uno de nuestros infinitos crepúsculos.

Otra batalla perdida entre la niebla

La azafata holandesa —alta y rubia como un presagio a punto de cumplirse—
me ha dicho, amablemente, "*please sit down and fasten your seatbelt*"
pero pretendo no haberla escuchado, como pretendo ordenar mi chaqueta
entre mis libros / ah mi absurdo corazón en la maleta de mano.
(Hace varios minutos ya que el otoño pesa en mis parpados,
y leo a dos Eduardos —*Chirinos, Eielson*—,
pensando en los árboles congelados que me esperan
en el resplandor que nos persigue cuando sales de casa
y ocupas, sin saberlo, el lugar del cielo)
Entonces las pesadas alas del Airbus empiezan a agitarse,
como un pelícano a punto de morir,
y me dejan ver a través de la ventanilla mi pobre ciudad,
sus amables luces / como los restos de una batalla perdida entre la niebla
(en este pueblo mío nunca han visto la luna,
pero sí la sonrisa de Dios).
Tres veces me he marchado,
y tres veces ha llegado —a mi nueva ciudad— mi corazón roto,
como una iglesia pobre
de un pueblo más pobre todavía.
Poco sirven las maletas de mano para tan tonto y frágil equipaje.

Como caracoles que disertan sobre la eternidad

Como si las camas y las almohadas tuviesen memoria
y también tus dedos entre los cigarrillos de liar
que también liaban la piel de la madrugada,
cuando aún es de noche,
y el amanecer se parece mucho a un gran murciélago de hielo
y todos podemos ver tu sujetador, en llamas, colgado de la luna
(que se ve, ciertamente, como una ridícula cereza).
Me levanto soñoliento —como una ciudad sitiada—
el "clic" de tu mechero me ha despertado. Te veo de pie.
Mi corazón
como un pequeño tumor de silicio, guarda silencio.
Mi pasaporte destrozado en el suelo, junto a tus bragas y muchas colillas,
son una declaración de amor.
Lo sé. También para nosotros la lucha de clases fue cuestión de negociar o no con las estrellas.
Y más aún lo es ahora, en que piensas en esos atardeceres fríos
que helaban la voz de los sindicalistas
y en esos agobiados y moribundos policías que apalean a los inmigrantes
con huesos de cangrejo o con el fresco cadáver de Primo Levi.
Él lo sabía y tú también: nuestra casa era un gran útero de vidrio
(ardiendo como una gran lágrima)
quizás una máquina de tristeza o de lluvia indecible
llena de estrellas y de otros animales que te seguían después de tus viajes hacia la noche.
Dentro, por las mañanas, podía verse a la luna o al fantasma de Egon Schiele
cambiando su piel con la de una jirafa durmiendo en el retrete,
mientras dejaba caer las cenizas de su cigarrillo desde la ventana,
cerca —*muy cerca diría yo*— de donde hacíamos esas sucias ceremonias
que empezaban por sonreír y sacarnos la ropa y que terminaban, sin embargo, por separarnos más.
Mea culpa, querida, *mea culpa*, ahora que somos esos gatos ancianos y divinos
que dabas de comer bajo la lluvia,

quizá nuestro corazón sea una noche a la deriva,
como un caballo que persigue una estrella bajo el agua.

Y pensar que el abuelo (sí, ahora me acuerdo de él) solía balancearse
dentro del vientre de mamá,
cogía el pico de la nube donde ambos nacimos y volteaba a estornudar cada
estrella cautiva de su carne.
Ya lo decían las parejas en el parque: olvidarnos
es como cruzar nuevamente el espejo donde nos conocimos
y donde nos lamíamos las blancas heridas del amor.
Déjame decirte que tampoco es inocente el mediodía
ni la distancia entre cada sombra llenada por aquella luz pequeña
y cobarde que pregunta por nosotros, quizás, para ese entonces,
los demás chicos del club de la serpiente
sean los muebles del cuarto de visita
y los amigos cuelguen de la noche que aún permanece dormida
en la sonrisa de papá.
En realidad, mi amor por los seres mentales
no me pertenece,
como no me pertenecen las ramas que escogiste desde mi corazón
para hacer una fogata con ese gorrión que goteaba de tu sonrisa;
ambos lo sabemos,
nuestro corazón está a la deriva
y ahora soy yo el que se pasea dentro del vientre del abuelo
como una impasible luz dentro de la más clara sombra,
como tú, sí, esta y cada una de nuestras noches
cuando hablamos después de la cena,
como dos caracoles que disertan sobre la eternidad.
No, cariño, nadie sabe para quién trabaja, salvo los ángeles.

Contra el matrimonio, otra elegía

pero qué inútil / tanta luz / entre dos
Jorge Eduardo Eielson

Como si la mesa del comedor fuese una gran ciudad y nosotros,
torpes y tiernos animales en las oficinas de correos,
que cada día ven pasar los mensajes de otros, los corazones de otros
en papel de embalar,
y entonces llorásemos girasoles por la mañana y girasoles por la tarde
y empezara a llover —a cántaros— girasoles y tú, de pronto, sacas el mantel
de un tirón,
muy cabreada,
y los platos y los tenedores, como pesados edificios de metal,
intactos sobre la mesa
y la copa de vino llena de huellas dactilares, sin haberla tocado nunca,
(como un espejo al que pudieses pasar sus páginas de vidrio
y ver en lo que nos convertiremos si seguimos con esto)
y entonces, miras hacia otra parte y enciendes el televisor
porque aún es pronto para volver al trabajo
(nos enteramos, entonces, que han matado extrajudicialmente a un dictador
árabe
en ¿defensa de los derechos civiles? y, claro, de la reacción "positiva"
de los mercados).
Luego sales de casa dando un gran portazo.
Te has dejado el paraguas pero no vuelves
y yo tampoco quiero salir detrás de ti,
pero lo hago, dejándome el corazón entre los platos por fregar.

Ah, cariño, antes de marcharte, bajo la puerta, vi un destello azul,
quizá sea la luz que juega con nosotros
cuando discutimos por la lentitud de los pájaros
y puede que sea por esa misma luz que tengamos que hacer este,
nuestro último viaje.
Sé que has empacado nuestras heridas y mis huesos como espinas de pescado

y mi soledad en un kleenex.
¿Cuándo fue que perdimos la batalla que nos convirtió
en estas cenizas enamoradas,
en esos espejos rotos donde aún podemos vernos juntos aunque
estemos totalmente solos?
Ahora lo entiendo:
hablando con ángeles es que te enteras que no existen.

Tercer manuscrito

Amor
—trigo maduro en la espiga de mis sueños—
cada luna
cada sol

Axel Ekdahl, "Naufragio y equilibrio", Técnica mixta, 2006

Poesía:

Gonzalo Pantigoso

Chimbote

sin ti he habitado el íntimo silencio de una ola muerta
el fuego del único beso que se añora y no se posee
Hoy siento por fin tu presencia calzándose mis sandalias
veo tus huellas en el lento caminar de la tarde
y escucho tu voz en el secreto lejano que me llega
Ven
besa este perfil dolido de tanto rescoldo
por el hombre que aún no llega
reconoce en él a la noche ardiendo de nostalgia
a la desgracia humana cayéndonos verticalmente
desde el principio
hasta el final
todo está en mí
doliéndome
mira el mundo perdiéndose en las raíces hórridas del tiempo
aquí es donde a los hombres
nos acechan los inviernos cercenables
o los veranos cruelmente estacionarios
juntos debemos ser el canto cristalino de un río
invadiendo la noche de plenilunio
Has bajado de la esperanza para habitar mi corazón raído
—la vida pasa por sobre nosotros
como un tropel de mil caballos ciegos—
y por todo lugar de mi ser que indague tu índice
brotará la desesperación de no haber nacido
Aun así
no tengas miedo de amarme
ni de sentirte mujer entre mis laberintos y horas desiertas
mi débil corazón se ha tornado en coraza para amarte
En vano no has llegado —espuma blanca—
a besar mi existencia un día que escapó del tiempo
como saben llegar las cosas buenas de la vida

únicamente tú llenarás las concavidades de mi corazón
Los bárbaros siempre descienden
a rasgarnos la médula tendida
aún Caín anda extraviado por la tierra
y de vez en vez —cuando las sombras ocultan su rostro—
penetra con una cólera apocalíptica en nuestros territorios
nos despoja del río
si deseamos ser camino
de la piedra si eternidad
del silencio si arena
cada día cuelgo en su pecho mi corazón desgarrado
al ver que es imposible que el nuevo hombre
surja entre los escombros
repartiendo blandas migajitas blancas
por todo rincón de esta casa
sin puertas ni ventanas ni flores encendidas
deteniendo el curso del holocausto que nos persigue
Nuestras descendencias están negadas de escalar
el sabor dulce de la tierra
Afuera el exterminio aún continúa
en cada golpe cercenan nuestras raíces profundas
el hombre sigue siendo una criatura extraña y ciega
perdido en su propio reino
y cada vez que me dices: "*Nuestro hijo será…*"
Es como si se abriera otra agonía
jamás querré que arda la primavera en tu vientre
por eso hoy has doblado la mañana con el recuerdo triste
de los besos estériles
te has mirado el vientre y has palpado su vacío
incandescente
el ímpetu de la tierra permanecerá dormida en tus entrañas
nunca tus abrazos estrecharán con ternura
el fruto ansiado en el éxtasis

él no llegará para conocer la aurora
para que no se le quede
al borde de la palabra
el bocado más querido
más amado
y hasta el viento olvidará derramar
su dulce sinfonía de palabras
para no ponerle nombre en futuro perfecto
piensas en él
y tus ojos se llenan de un fulgor capaz de encender
la ceniza de las noches
tu sonrisa transforma el torrente de las penas
en el diáfano canto de los vientos
y luego callas
sientes en mi silencio la impotencia de verlo nacer marcado
con las mismas huellas
que nos sumergen en el invierno de las sombras
bajo el canto cotidiano de las estirpes vencidas
Sé que me entiendes y es inevitable
que mojes a la noche con tu llanto
que mis besos queden inundados por tu pena
déjame preguntar si las mañanas le abrirán nuestra puerta
la única puerta abierta que tiene el hombre
como entrada y salida
como salida y entrada
no
no digas nada
y déjame besarlo en silencio y en secreto
amarlo a escondidas arañando tu tristeza
sabiendo que en la orilla de tu pena
un mar amargo revienta sus olas
pronunciando tu nombre
no

no te vayas aún
nunca volverás a llorar a escondidas lejos de mi pecho
quédate que en el sabor de tu presencia
habita la dulzura más grande de la tierra
ahora más que nunca estás hurgando con tu deseo
un grano de amor siquiera
y me estás imaginando en mi hora de dolor
al sentir esta noche
rodando sin estrellas sin Dios sin hombre
Oye los latidos del tiempo llamando a nuestra puerta
anunciándonos que es la navidad moribundo
quien ha venido
cabalgando sobre el amor aniquilado
debo salir a su encuentro desposeído de lágrimas y lamentos
pero aún en el fondo me lloro débil
Quédate junto a mí con tu presencia total
embriágame intensamente de amor
para beber este dolor profundo
que me penetra hasta las vísceras incomprendidas y amargadas
extiéndeme tu mano para alcanzar otras manos
lejanas de la alegría
quiero sentirte tan blanca
tan mía
y empaparme el alma de primavera
para recibir con pétalos vivos
a la navidad muerta
en vano he tratado de contener
este infinita noche negra
como la tristeza de Dios y del hombre
por ello es que a partir de hoy
no nos amaremos como siempre
porque ya no es una noche de luna plateada
calzada de versos
alada de canciones

es aquella que nos aguardaba desde siempre
oculta entre silencios
                y pasadizos secretos
para mostrarnos en carne viva
el dolor por las guerras estúpidas
por los hombres muertos en combate
sin originar ningún cambio en la hiena con piel de hombre
por los hambrientos
que buscan desesperadamente un bocado tierno
y por todas esas cantidades abstractas
que no encarnan
al hombre mismo
padeciendo todos los sufrimientos
en fin
es la noche aguardándonos
para ser definitivamente humanos
capaces de ser la gota inaugural de un inmenso mar de amor
y hemos de comenzar ahora mismo
sin preguntar
ni decir nada
Tú y yo
unidos por una fuerza que traspasa el furor del universo
llegaremos descalzos
para habitar definitivamente aquel lugar
donde el amor es el principio
                y el final
                de todo

4

PORQUE soy el único que abre los vértigos de la injuria
o porque soy el desenfreno infinito de una voz
o porque palpito como el estrépito de un río seco con bravura

o porque me siento como la sombra de una ola arrojada por
el verano
Mi silencio es el grito de la soledad impronunciable
que repica con mis días sus campanas invisibles
colgadas del viento
Secretamente.

6

Una mujer o su sombra de yedra
llena esta soledad de lámparas vacías
Xavier Abril

Emprendo un largo viaje hacia mí mismo
alejándome de este páramo cegador

Envejezco diariamente en el caballo dormido
que galopa en el desierto

Entre pensamientos azulados
tú serás el núcleo de esta huida
me besarás en todo amanecer con cada recuerdo tuyo
y a partir de la tercera campanada del éxtasis
beberé de ti
mujer que aún no has llegado

Monólogo de náufrago

Como náufrago olvidado
he vuelto a las páginas de mi diario
y con el furor de la soledad
he leído:
"*Abriré las puertas y ventanas de la tierra*

bajaré grada a grada a untar mi corazón
con el sagrado encuentro con los demás
La soledad dejará de ser un signo de mi pecho
Caminaré con la alegría de las citas comunes
pero al final y al cabo encuentros sabor a existencia
En las noches nos abrigaremos en el portal de la rebeldía
cruzaremos las fronteras prohibidas sintiéndonos aliados
seremos fuego desafiando la lluvia
abrazándonos en las plazas públicas
elevaremos nuestros cánticos de libertad
Nadie quedará sin saber que el círculo se nos estrecha
y que son ellos
—los que avanzan sobre nosotros despiadadamente—
quienes nos imponen el inmenso mar sin islas ni palabras
sin sonrisas ni puertos
sin gaviotas ni mañanas"
Sin embargo hoy tengo otra vez
la angustia calcinante de las horas baldías
las calles me devoran llenándome de desamparo
¿quién me dirá que en los parques y en las plazas públicas
en las avenidas y jirones
existen muchos otros como yo
disimulando su orfandad debajo de la camisa?
La soledad es un desierto que nos roe la vida
una tenaza invisible que nos coge uno a uno
un golpe de repente hundiéndonos al abismo de la nada
Tarde he bajado las escaleras
todos hemos refugiado el rostro
en el silencio y en las sombras
mis pasos son los únicos latidos de la noche
el conformismo nos ataca estratégicamente
cielo y tierra están clausurados para nosotros

y ya no existe otra salida
Todo es complejo si uno vive inmerso en la soledad
la tensión de vivir acorralado
en ese vacío existencial
—consagrando la más intensa desolación de los hombres—
nos somete a veces
a comprobar que existimos
Hoy más que nunca esta soledad tiene la sal de los mares
la hiel de los peces
y la ira del sol a medio día
Y mientras canto a la comunión perdida
hoy cayó otro guerrillero
escarbo la tierra desgarrando mi silencio
el desgaste sistemático
aún no ha deteriorado mi conciencia
desde aquí puedo ver el cerco que nos divide
un guerrillero ha caído ofreciendo su vida
a cambio de un sueño encendido
Ya no encuentro razón
para seguir arañando las injusticias con los ojos
debemos comprender
que la única amplitud que se agranda
es el campo restringido que nos somete
el vacío que nos devora
la renuncia que nos estrangula
Nadie oye el grito que estalla en nuestros pechos
mis veinticinco años han llegado
derrotando almanaques y dictaduras
con democracia o sin democracia
tienen ganas de incendiar también la vida
El sol quiere danzar en mis manos
esparcir al viento semillas de libertad

y la tierra toda sembrarla de estrellas
Será dura la lucha
nuestra sed de justicia secará los ríos y los mares
crecerá de boca en boca como crece el hambre
nos perseguirá fieramente
nos asesinarán por la espalda
como temiendo hallar el amor
en nuestras miradas
mi corazón se pondrá de pie setenta veces siete
pero estoy aquí
desgraciadamente aquí
atrincherado en este pasadizo enmohecido de silencio
nuestra rebeldía se esconde debajo de nuestros zapatos
la soledad nos lleva
nos arrastra
cierro nuevamente las puertas y las ventanas
vuelvo a clausurar al mundo en mis sueños
y en la estrechez de esta habitación
se apaga la luz del universo
y las mariposas agonizan ciegas sin poder descifrar
el estigma de mis años

Oasis

Estrella de agua
en la palma de la tierra

Pedazo de océano

desafiando los médanos
Aliento subterráneo
venciendo al naufragio

Amor de arco celestial
llenando el vacío

Beso secreto
entre la maraña
de las cosas

Sol de nieve
purificando las arenas

Lágrima del tiempo
desterrando la soledad

Elan de mujer
en épica batalla
por sobrevivir

Si volvieras a conversar con el viento

Si volvieras a conversar con el viento
recobrarían mis pasadizos
la magnitud de lo intacto
convergerían con los tuyos

frente al fuego que cercena al olvido
y abre los pórticos
a lo indecible
pero sobre todo
sabrías del dolor
que existe en alguien
que no encontró
la otra mitad del silencio
ni la otra mitad del odio
Tocaríamos juntos el ángelus
para los hombres hechos de orfandad
Llevaríamos las mañanas por venir
a los que bajo la noche más oscura
agonizan sin rencor
Es tu voz y el viento
el conjuro que esperan
los que nada tienen
en este reino hondo
de la desolación

Libro cuarto: retrato de un orfanato, a propósito de creer en la envidia

¿Ha visitado un orfanato o una cárcel, mi querida doncella? ¿No? Pues evite juzgar la envidia de otros cuando no tiene el privilegio de conocer una mirada que envidia con rabia su libertad.

Claudia Cataldo, "Cocodrilo andante", Litografía sobre poliéster, 2013

Poesía:

Oscar Ramirez

Trujillo

Reconocimiento de la orfandad en el prójimo.

Coincidimos lo mismo que otros bajo el umbral, extraviados, la mirada como quien huye semejando caudal.

Nos llevamos las palmas unidas tanto tiempo que cualquier cercanía resulta martirio. Nuestro pecado no es maldad, por cierto.

Observo cómo surgen los días a fuerza de temer un mural encadenado que puede ser, tal vez, el mural de mis bestias.

Vamos en tránsito de menesteres, midiendo con descaro una a una las piezas de este nuevo gabinete, detallando mentalmente cómo discurren los vientres ahuecados en numerosos engaños gubernamentales que filtran vicios con sabor a piedad.

La química hormonal que nos pertenece secciona los miembros de lenguas que fluyen mentira tras mentira temperaturas que envilecen nuestras especies al límite de lo necio.

He sometido análisis y vergüenza en un mismo cristal. Desearía sostener la oratoria de otros que sonríen vulgarmente lejos de aquí.

Ahora solos, arrimados al pilar de aquella estancia que por lo pronto desconocemos, añoro el recuerdo de alguna muerte materna.

Temo, como son propios temores nocturnos, y acaricio lo mío para no hablar en demasía ni murmurar el desencanto.

Comprendo entonces la excusa de vértebras y pulmones donde una ruma de pellejos mitifica la hermandad de orfanatos y prisiones.

II

Descripción del orfanato.

Una entrada sin arbustos, rejas a dos puertas, camino empedrado en la calle 533, sin buzón de correo ni bancas.

Ingresar al gastado recinto que visto desde lo principal describe un cúmulo de objetos inertes a la espera de pequeñas memorias mortuorias.

Edificios de concreto, ventanas enrejadas, un patio donde el juego se oxida y gritos corren como hilo en quiebre.

Es cierto: no es tuya la infancia colectiva ni seres incapaces de amar, no pertenece a tu líquida esfera de existencia, vestidos encorvados rasgando el asfalto que admite indecencia y un pecho versificado en deseo; tuya no es la supremacía de Ravel ni odas carcelarias escritas a cinco manos sin derecho a ejecutar el concierto de las especies.

Ninguna verdad pertenece a los muros que elevas, mas sí el secreto que nocturno se transmite con eficacia.

Quisieras ser mejor cobijo, lugar donde camarotes no semejen ser cadáveres de acero recubiertos de piel que han de cubrir otras pieles, lugar donde historias se conviertan en gloria y no en pólvora que fulmina emoción en oídos infantes.

Solo te compete aceptar el humo de las sienes, el tránsito de perilla a mortaja con billetes decorados en colores de reina.

En momentos donde el cuerpo dormita, tus cimientos descubren el imposible amor de una jauría perdida y las innegables fijaciones del dolor.

III

Sala de espera. Recepción.

Muriel duerme. La eternidad que dibuja nos convence de no perturbarle el sueño, olvidando así el disfrute del susto y la gravidez del enojo.

Lleva meses visitando el lugar. Ella espera, ha esperado mucho. El instinto

maternal le dice que es necesario.

Muchos desistirán, pero en su pretexto moral busca aquella entrega infantil que oculte la ignorancia de un vientre marchito.

Los inviernos surgen como celdas en la memoria mientras en su cuerpo la eternidad cumple con arrugas el destino solitario que niega procurando concebir belleza y oportunidad matriarcal. Del otro lado un diálogo distinto.

¿Cuánta tinta requiere la partida de uno? ¿Acaso el producto de trámites habrá de motivar elegancia o virtud?

Con esta van cuatro las veces que a Sebastián el amor esquiva darle oportunidad de huir, menguar el vacío diario.

Siempre en este odiarse uno admite ser bueno cuando peores conocidos pronuncian ahora sílabas y veredictos de juicio personal.

¿Será que lo bisiesto es injuria en nombres andinos? Dirán mentiras siempre las vestimentas imposibles.

Nunca serán suficientes los argumentos que brinde la razón ni rostros tras la ventana apurando en miradas el odio.

Ambas historias desean ser carne de otras leyendas, pero no siempre se tienen todos los pretextos: al menos hoy no llovió como otros días.

IV

Patio de juegos. Situaciones posibles.

No existe razón concreta que permita describir alegorías sin comodidad y tiempo.

Uno puede observar cómo en el patio de juegos discurren acciones sin mayor

ejemplo que libertad, sin responsabilidad de sentirse uniforme esencia mortal concebida como estrategia de permiso, mas descubrir que la libertad es medio donde hablamos hasta el límite indecoroso de la fatiga nos da fe.

En el vasto campo los infantes indagan sus experiencias e imaginan mundos. Sortean del aire emociones.

Se puede, transcurridos años y memoria, escribir historias con historias que vemos, ser individuos que argumentan verdades obtusas, preferir recuerdos aunque el tiempo conceda la angustia producida al repetir frases como lo olvidé.

¿Y cómo subsisten objetos que en diarias formas nos exigen virtudes tan obscenas como felicidad?

No es nuestra autonomía la envidiada, sino recordar aquella tarde cuando al balón se le dio por irse.

Tal vez aburrida estaba de adelantarle el baile en zapatos y rebotes con firme resignación.

Prefiero la idea de que quien la arrojara para este mundo enladrillado, se percatara del objeto amistoso que incita a los nuestros el violento deseo de volar.

V

Historia de un muchacho que amanece. 6.00 a.m.

Por las mañanas, poco antes del sol en invierno, el muchacho despierta evitando agitar el gallinero común.

Viste su cuerpo con humildad y disfruta el suspenso que produce vagar en

cuclillas por pasillos que desconocen estratos sociales.

Con soberana lentitud observa cómo sus igualdades perfeccionan el ingenuo arte de los ronquidos.

Como toda criatura pura, lleva en sus venas elegancia, un sello semejante al aura dibujándole siluetas de hombre en estado embrional.

Dirige en sus pasos un reto de igualdad humana, producto nuestro del espacio y sus montañas, allí donde subsisten quereres.

Sube hasta el ramal más frondoso del árbol y suspende su cuerpo apoyando el volumen en sus rodillas, un capullo flotante que surge como aventura riesgosa, pero impedirla asumiría condición de pecado.

Bajo esta rutina se introduce al juego de experiencia y muerte, la constante voraz de cárceles a diario consumidas.

Hay situaciones compartiendo similitudes extrañas: el muchacho admite ser solo un orificio que en la tierra se cava.

Olvidando el mundo, flotando en coherencia de pluma, descubre la rúbrica producida por el miedo, aunque no puede ser tanta fortuna la de caer dos veces o morir lejos del abrazo al que trata de pertenecer.

VI

Hora de almuerzo. Un 'bienvenido'. Descripción en primera persona.

Creamos una fila ordenada, orgullosa y alegre, a la hora del almuerzo. Es ya un organismo común: la espera de uno conduce la energía del otro.

Nunca el apuro o las ganas de travesuras nos invaden cuando llegado el

mediodía oímos las campanas.

Exactas raciones alimenticias habrán de calmar aquello tan nuestro como en cualquier leyenda, en la que olvidaron obsequiarnos finales felices.

Una palabra coherente mientras agradecemos lo inesperado conduce caminos al silencio de mesas donde despiertan sed y descanso.

¿Será que cuando el estómago grita a nosotros nos da por callarnos? Habremos de hallar respuesta.

Si bien cada quien es presa individual, el bienvenido de hoy se ve distanciado mientras los demás emigramos en diálogos hacia realidades que escasean.

Lo observo como quien pretende ser hallado, sintiendo el cuerpo ajeno como una secreta marginal de nubes o caminos.

Todos tenemos la certeza del nudo, espacio apenas en el cual nadie habita o calla un peregrinaje de días, y por ello rebuscamos en miradas la tempestad de infante, el vestigio que ningún encierro oprime.

Pero ahí, de pie, cargando rencores que son propios al saberse carne de otra piel, no se ve como un niño olvidado y sin motivo, sino, al igual que nosotros, los varados en esta vertiente del mundo, como un sentenciado esperando la primera palabra para morir.

VII

Ella. Breve descripción de la directora.

Todos saben de sus vestidos y engaños, de maltratos y pequeñas raciones de cariño al final de la jornada.

Conocen el emblema de gritos, correcciones a puertas cerradas y aplausos que a pocos otorga por caridad.

Han recorrido el cuarto oscuro, visitado inauguralmente el despacho, la cama donde dormita, recodo que como amurallada celda extingue el fuego de sus entrañas.

Alberga también la memoria de aquella mujer de aire, almíbar y espinos, recogiendo telares para responder visitas.

Un cuerpo, entonces, la envuelve en actitud serena y lujuriosa. Si bien los amantes inutilizan el descanso, creen con impúdica virtud ir en descenso circular sin alcurnia o soberbia a criticar su trabajo menesteroso.

Es ahí cuando su figura abarrota márgenes y vacíos, lugares donde ningún escrúpulo amasara los muslos de artefactos nocturnos que fieles a himnos o marchas nos dibujan el humo de tempranas caricias. Esta mujer no acepta vergüenza.

Pronto dormirá en ejemplo de frases, ocultando temores de preñez para olvidar la primera luz del pasillo.

En derroche de virtudes, consienten los huéspedes la única verdad: lejos del muelle de sus palmas no existe mayor imagen donde habiten pretextos de madre.

Celando el destino de otros, cierra los ojos mientras descubre la venganza de un nombre sin partida o llegada.

VIII

Un paseo vespertino. Descripción ajena.

La calle es mil veces corta para nuestras distancias: observamos con envidia el paso de carnavales que emocionan el gélido motor del tráfico.

En oportunidades nos alejamos de los murales cuando la ajena caridad nos conmueve inocencia, convirtiendo nuestro peregrinaje en avenida larga

y pecaminosa, donde la filantropía es absurda, llenando de sonidos y cristales lo que imitamos danzando entre muñecas enrojecidas.

Senderos atravesados por dádivas pudorosas repliegan virtud: una cacería de nieve, monedas con alguna creencia a libertad nos albergan el día a día.

Nuestra infancia es un paseo nocturno, un camino sin aire que nadie respira, el discurso nunca pronunciado antes de culminar la cena de otros hemisferios.

Viajamos con zapatos desnudos temiendo senderos de crías, devorar nubes y caer en acciones impropias.

Veredicto final: el único sueño que nos persigue es un coro de amapolas surcando el tiempo a la espera del amor.

IX

Otra descripción en primera persona. Alguna reina.

Yo vivo la supervivencia, la enfermedad, el remedio que nada cura.

A veces siento la bondad emergiendo de aquellas manos que nacieron para otros, menos para mí.

Respiro entonces el aire que arremete las entrañas del mundo.

La impotencia de no observar el sol a través de murallas, nuestra única y semejante frustración, invade mis días arropando la muerte futura. Un colapso mental me retiene.

Soy así carne inocente, un nombre apenas que despierta la virtud de bermejas cruces, historia de hembra solitaria y maldita, testigo que adora la esquina del reino.

Comprendo que ninguna letra está de más, ninguna idea perdida.

Todo lo que se ve es todo lo que uno puede llegar a ser: muros, pasillos, comedores oscuros.

Una palabra no consume el sonido del cuerpo: consume el tiempo, la edad, las buenas acciones.

Mas, alguna reina puede habitar mis carencias. Es mediocre imaginar la dignidad como consuelo.

X

Teorema de la posible pérdida.

Llegar nocturno al umbral de cualquier orfanato siempre dispuesto al oficio de servir.

Mantener equilibrados aquellos síntomas producto del ahogo y la desesperación para evitar sospechas.

Advertir que el milagro nacido en siglos mortales e históricos conserva la piedad de algún proyecto futuro.
Dejar envuelta la ternura infantil a los pies del monasterio o cubil o hermandad.
No olvidar siempre una escritura donde sentir dolor y perdonarse sea permitido:
es necesario explicar razones y motivos que conduzcan al eco lastimero de los días.
De esta acción podrán desprenderse misericordia y perdón cuando llegue en lo venidero el conocimiento de causas, porque es necedad de los olvidados hurgar misterios que prohíben felicidad.
El rastro infame de sentir como testigo remordimientos cargará el afán del retorno, la oscura progresión de anécdotas que deseáramos contar al llegar vejez y canos pensamientos.
Pero por ahora nos conviene sobrellevar tormentas y burlarse en cinco estrellas la paternidad.

Del libro *Capitales*, inédito.

Ni porque predije nuestro fin

pude descenderte hasta al ahogo
de esta ansia submarina

Eras el reflejo incontable del espejo en el espejo
eras el pasadizo hecho de sueños
a punto de acabar constantemente
eras a través de la superficie verdísima del lago

Patricio Bruna, "Caballito blanco, llévame de aquí", Técnica mixta, 2013

Poesía:
Elí Urbina
Chimbote

la reliquia acorde con la ilusión del tacto

De tus manos brotaron en torbellino los elementos
la vertebración del tritón de las tinieblas
el cachorro de pastor alemán ahora en los brazos del sueño

ah! yegua de imán
resurgiendo del subsuelo erizada de magnetita
esfera de luz cortada en rebanadas
encaracolado axolotl fosforeciendo
donde acaba el túnel de piedra mohosa tu boca espera
como el salto de esa catarata esmeralda
en el espacio

Son babosas las estrías luminosas
sobre el caparazón transparente de la aurora
son tantas las lampreas marinas que han besado
el arremolinado ano de la eternidad

Como un rayo de turquesa
dirigido desde mi ombligo al universo

Como un amuleto que llevara en el bolsillo
antes de tocarlo con mis manos
te encuentro amor y en seguida te desprecio

Siempre la alambrada o
el dragón volador entre nosotros
siempre el mismo eco del eco
la cornucopia de piedra pómez
anillada como el árbol de la vida

en donde la luz se exilia cada siglo

Bola de ratas

A la luz de la luna verde por el bosque,
un temblor de súbito sacude la cabaña,
ratas, ratas invadiendo en hordas, ratas,
con acerados dientes, con infectas garras,
ratas quebrando el silencio del papel,
ratas andando como latir de sombra,
al asecho de tu pie desnudo y de tu rostro,

ratas llenando la bombilla hasta nublarla,
desollando al gato, destripando al pastor,
ratas de piel lampiña y rugosa cual
escroto decrépito, a ciegas olisqueando,
ratas pululando hasta por dentro del espejo,
un gran tumor mutante a punto de explotar en ratas,
ratas brincando a quemarropa en el pasillo,
ratas cuando a tientas buscamos la salida,
ratas como derrame de petróleo hirsuto,
apestando a humedad y a meadero,
a menstruación y a carca umbilical,
ratas chirriando sin tregua ¡aj! chirriando
lo mismo que sartenes o parlantes posesos,
ratas, ratas, fariseas, déspotas, demagogas,
agujereando por doquier al mundo,
siempre en tránsito hacia su latido,
ratas, paradigmas de monstruosidad,
engendros de un ovario emputecido, ratas

El perrazo del ansia

Cómo la bilis negra está en la sombra
la prédica del grillo adentro de mis huesos
ahora que el perrazo del ansia
hunde sus garras en mi corazón
y escarba buscando un hueso insondable
Yo atravieso un nocturno callejón
con mil estalactitas por sobre la cabeza

Que el niño contemple a vista de pájaro
la majestad del bosque como si fuera un sueño
Que la plegaria a media voz del afligido
resuene a través de la metagalaxia
Que otro dé caza a los insectos
El fin del callejón es un espejo
así como una puerta girando para darme paso
un vaho hediendo un olor a rata en descomposición
me llega a las narices desde el alma
Mas el esqueleto de cocaína me sonríe
con una vela prendida entre los dedos y
con adictos en posición fetal orbitando alrededor
La moneda negra está sobre mi lengua

Y si resucitar significara

no solo recuperar
el aliento
de la vida
sino también
recordar
otra vez
que perdimos

la razón de estar
entre lo vivo

Quizá

la convulsión telúrica del
recuerdo

nos devuelva en un
brusco
sobresalto

Tal vez así

al des
prender la
costra de lava
de mi herida

he de abrazar
nuevamente
la vida

Aun

cuando ya no sepa
para qué

Solo la muerte sobrevive

A un paso de ser pus, menos que pus, grumosa gusanera,
miro desde lo alto de una sombra la imagen del mundo,
nauseabundo para siempre, cárdeno de podredumbre,
He aquí la herencia de la humanidad cegada por el odio,
he aquí un condón relleno de semen podrido

La Tierra se ha convertido en la hondura abominable
de un círculo oscurísimo, nada, nada sino cráter,
hocico horripilante acaso igual al de *caribdis*,

dentellada en espiral, anillo del caos rebosante de cadáver,
ano brutalmente sodomizado, recto que insomne
crece con la raza que, arremolinándose
sin pedir memoria, allí en la oscuridad desaparece,
lo mismo que un bebé carbonizado,
como quien dice con su diarrea ensangrentada "adiós" a nadie

oh si aquí donde no suena más habla que la de mi boca,
esta boca que desde luego nunca habla,
esta boca lentamente hecha de mierda,
sonara la música del bosque, la risa del agua,
pero horrísona, como la de un puerco al cual degüellan,
resuena mi voz, mi grito mudo, mi vómito de silencio

Después de la muerte vino la muerte y ahora sigue la muerte,
sórdida, maldita y miserable ha nacido y sobrevive
Todavía el mundo tiene pulso

Las puertas del bosque se abren lentamente:
Todos los árboles son estériles
todos menos uno
Allí tu cuerpo como fruto de otro tiempo
que es también mi tiempo
«*Este árbol de luz me dará su sombra*» proclamo y
en seguida tu hálito pone en fuga a los insectos
tu bello pubiano sueña la súbita oscuridad del tordo
«*Serás del polvo*» a plena voz me dices «*¡polvo del polvo!*»

Mas con todo nos besamos
nos amamos como dos piedras calizas
y el delirio de la carne nos trepa en espiral
nuestras almas se elevan sobre sí mismas
todavía el mundo tiene pulso

tiene mundo
El bosque me convoca y yo me acerco

para probar y sentir así la claridad
el rito más íntimo del templo vegetal

Con ansias de hoguera de miel silvestre o semen verde
los árboles se desean entre sí a la largo del sendero y
en el abrazo más sublime o en la noche del cuerpo
bailan una danza contorsionista al son lascivo de la cítara

aquella música ancestral viene a mí como un nuevo aroma

y sube por mi alma igual que madreselva de color rosa

a mí el éxtasis!
a mí el alucinógeno perfume del bosque!

Respiro la claridad si la escucho
Escucho la claridad si la respiro

Claridad adentro

Paso superlumínico de Mercurio a Venus
de Venus a la Tierra y así sucesivamente
hasta lo más genital del universo
Una colosal arboleda abovedada en donde la raíz
bebe tan intensamente la luz del agua
que es párpado de color verdiazul manantial secreto:
Sé bien que voy en pos del gran enigma

A paso alado camino claridad adentro como en casa

Cuánta maravilla que con sigilo surge de lo invisible:
el dragón con aleta dorsal de azogue en su zigzag espejeante
el dedo gordo desprendido de un pie del Coloso de Rodas
que adornado de verde pronto desaparece
el querubín a lomos del espermatozoide bioluminiscente…

Entonces miro! Entonces oigo!

Me encuentro tanto en la Tierra como en el cosmos
El cosmos me contempla al contemplarle

Cuando brotaron las flores

Ahora bien en la Tierra todo era verde,
caótica vegetación de semilla desnuda,
conífera o helecho arborescente

Cuando Jehovah Dios paternal vino a decir:
«*El nacimiento del hombre se avecina y*
no le espera alimento ni tampoco cuna;
Florezca vegetación que dé semilla»

Entonces entre la muchedumbre vegetal
sigilosamente una plantita se puso a balbucear
hasta que pudo lucir la corola del iris en su tallo:
un dinosaurio sin comprender la contemplaba

Pronto hubo un gran latido deslumbrante,
una misma ola por el mundo

Así nuestro padre dispuso en la Tierra la delicia,
el paraíso de la fábula, el jardincillo del edén

Conciencia animal

Pero Jehovah Dios, el verbo creador,
no se detuvo «*Tome el animal conciencia*
de sí mismo, para que conozca así
mi nombre y sepa quién os hizo y
quién os ampara» entonces dijo,
y la orca de obsidiana, el orangután llameante,
la pantera cual sombra de otra sombra

Toda criatura con su propia especie

pudo reconocer su alma por sí sola
en el azogue azul del agua, vio de pronto
lo más hondo de la noche, lo que brilla,
un salmo naciendo en su corazón, celeste polen

al biólogo estadunidense
donald r. griffin en homenaje

Sinfonía militar N° 100

Primer momento
En do menor las luces son líquidos,
el sonido, la abreviatura del reino.
El movimiento falso y el descanso, ya no son
eternos.
Se agolpan así todas las manos,
todas las esculturas contritas con la intención de
que nazca
un nuevo Sol en mi centro.

Marko Molina, "Sin título", Litografía, 1998

Poesía:
Luis Cruz
Lima

Segundo momento
¿Qué ondulaciones caen por las venas?,
la sangre siempre será un animal al acecho
o una danza para tres,
donde los ciegos merodean y aprenden de la alegría por perímetros.
Tercer momento
Golpea, golpea más fuerte
ya no el deseo, ya no lo voluptuoso, pero sí el cuerpo
que como cera se derrite por la reverberación de un punto
y así se prepara para ser la carne del sacrificio
Cuarto momento
Hollado el suelo,
invadido y sepultado todo rastro de humanidad,
con el sonido enclaustrado y a punto de la inanición,
el aplauso y la alabanza queman
al último sobreviviente, a la nota final
Quinto movimiento
La palabra calla
el poema muere
uno se iguala a cero.

Las horas pasan

En honor a Leonid Andreiev

(1.30 am)
Un prisionero habla,
la cubeta está llena de sus palabras,
la cama rígida es su enorme dínamo,
las paredes son la maquinaria de su imaginación.

(5.28 am)

La prisión desde fuera es un soldado de plomo,
quien la mira fijamente no detecta resquicio,
no le encuentra dudas,
pero adentro…
La nieve disuelve certezas,
sabe entrar por las ventanas, revolver los barrotes
recuerda mucho la mano del padre o la bendición en los ojos de la madre,
pero la nieve le tiene sin cuidado esas consideraciones,
y entonces se mezcla con los zapatos del reo,
a sus pies se forma la zona gris,
sobrevienen más preguntas.

(4.38 pm)
Le suenan en los bolsillos,
sus últimas postales, las que vinieron del paraíso
el eterno círculo,
el perímetro que nunca acabó de dibujar
o esa partida de ajedrez que dejó a medias

(11.59 pm)
Mañana, con el desayuno en el suelo,
con la última jugada de ese ajedrez eterno,
cuando la prisión y su reloj se muevan,
se ladeen con el viento,
el prisionero dejará sus ojos,
dejará su lengua,
quemará su idioma,
será otro punto en la arena.

La segunda opinión de la Luz

Ah!,
el prisma refracta el vuelo.
Cada una de sus alas se forma,
bajo la segunda opinión de la luz.
El ojo es un animal coherente,
un ser que caza las formas,
pero queda la estela,
lo que no se puede engullir,

el espacio que llena el misterio,
y la duda concreta, pesada
¿Quién puede reconstruir
el verdadero esqueleto,
la piel,
sus leyes de vuelo, las alas?
Aquí, ni mis manos,
ni mi conocimiento,
les alcanzan,
al infinito se expanden,
se desbordan y vuelven a llenar.
Caída libre es lo que conocen,
y mi materia oscura,
es la única posible de entenderlos.

Epocalipsis

Intento hablar,
pero hay regocijo.

Cada ser tiene un nombre,
tiene una imagen,
tiene un plano.

Plantarse frente al sonido sonámbulo,
ante la grieta dejada por la batalla,

encontrarse con el lado parietal
del orgullo.

Aún la luz se acerca,
encuentra la concentración,
empapela el sueño.

El Rodaballo

Enrejado,
son mis límites al acecho.
Mis bordes definen el cuerpo,
no se expande lo que no ves,
y el ojo unido al suelo
que hasta la palabra se vuelve estrecha

Alguien sentado en la estepa,
es una prótesis de mi cuerpo:

por él canto, por él pienso,
y su mente la tengo enterrada en el fango.

Algún día, me lanzarán un guijarro,
en su caer desgarrará la noche que conozco,
y al herir mi costado,
la herida será vacío entre la luz del sol y este diminuto contorno,
y sabré que todo fue en vano:
Esperar y callar es lo que queda.
¿Acaso supurará esta herida en mis vértebras?

El sol de Rhodesia

Contemplativo y nocturno,
allegados que se desvanecen,
el horizonte regresa desnudo,
con sangre;
sirviendo de ungüento,
sirviendo del primer cuerpo,
y del segundo silencio.

Lo obtuso y oscuro entra por la pared

Y calla…

"*Tú, convertido en masa;*
Tú, corriendo por lo cuadros de Bacon;
Tú, siendo la palma de Henry James;
Tú, siendo la esencia de Isolda"

Un desnivel en la mente grita:
"*Tus gotas me recorren,*
eres la sed del cruzado,
la fiebre de Ricardo,
todo Egipto en plaga,
y te proclamo salvaje
a los pies de este potro"

Hasta que amaneció,
y la artillería Roja quiso fusilar a Dios,
y proclamarse eternamente Domingo,
construyendo el Estado Imperial Neto.

Así fue el sueño verdadero,
debajo del mar,
concentrado en una estructura octogonal,
así quedó este cuerpo quebrado,
tan romántico como el último plesiosaurio,
bajo el sol de Rhodesia.

En la prudencia de la medianoche

Han pasado veintisiete minutos.
La turgencia de la marea,
las conversaciones entre las pléyades.
En silencio,
los mártires siguen su propio funeral,
como las flechas que atraviesan a San Sebastián,
la interjección en su voz.
Todo el recuerdo me vuelve frente a la imagen,
los delirios de San Andrés en el desierto,

como procesos de fe en cada espacio de mis soledades.

Han pasado treinta y ocho minutos,
cierro el recuerdo,
el olor,
el sabor.
Quebrados los huesos duermo,
y la impertinencia de tu fetidez
acompaña ese harapo que llamas pasado,
ese que puede enloquecerme, y mandar al traste todo poder,
todo experimento, toda experiencia,
¿Por qué persiste tu sombra?
Así se termina la prudencia de la medianoche.

Renacer por tercera vez (la paciencia del pez)

Debajo de los peces el nihilismo,
la anarquía de las rocas y la profunda sonrisa de una mujer.

En los años jóvenes, en el momento que las olas retuercen su alma
seguía esperando que los peces escribieran en la superficie;
y si fuera poco el anhelo, siempre tenía pendiente una hoguera para mis dudas.

Las ciudades se mudaron,

sus caballos están sordos, los niños comen hierro
y se les sale la plata fundida por sus agujeros en el estómago;
pero con todo eso sigo con la paciencia de un pez…

porque es lo único que se espera por sí mismo,
porque son las fórmulas que detienen los ríos,
porque son las tablas de la ley en escritura naciente
porque en sí misma contiene el secreto del movimiento perpetuo

Pero al final, cuando se instaura el vacío,
Vuelve la concavidad del pez,
y el mundo renace por tercera vez.

Deconstruyendo una espiral

En el medio se apunta la boca del universo,
hablándonos de cifras-reflejos del Creador
y de relojes usados más allá de él.

El otro extremo tiene entre la redondez de sus capullos
al hombre en su estado de perfecta
perturbación.

De *Lumen*, 2007.

La construcción (hacia el Norte)

Siempre de bloque en bloque se dejan inconclusas
las murallas y las paredes,
no obstante, nadie se fijó en que lo más probable es
que gobiernen las nubes entre todos,
como alguna vez Babel nos había relatado con una voz
extendida hasta el infinito.
Pero siempre se tiene una pequeña esperanza
por el camino del Norte:
allá el emperador tiene una dulce voz
para derribar las tormentas y recuperar cada torpeza,

reflejando en cada gota las formas que son válidas y eternas.
Ahora sabemos que la sabiduría tiene forma de
semicírculo
y que los halcones son sus mensajeros

De *Lumen*, 2007.

La ira de Dios

Los ángeles bajaron,
cada uno toma asiento en la mesa…
desde hoy los hombres serían de acero.

Tomándose las manos,
uno fue elegido el Defensor…
con su misión moría cada segundo.

Invade el recuerdo de la placenta,
lo inunda hasta los ojos interiores.

cada vez mira cansinamente.

Le duele hasta los huesos las voces que llaman,
Le duele hasta el más allá las miradas dadas,
Solo sabe doler.

Derrama en el costado un mar,
ese mar lleva canciones de días carcomidos.
con la luz del nuevo amanecer
le cuesta más a la vida.

Sus pisadas suenan a cáñamos derrumbados
y las balas solo fueron las mariposas que caían
en sus manos
extrayendo el néctar rojo.

En los últimos tronos, en los más inaccesibles
En los más escondidos…
Cada silla tiene una máscara que habla,
y con sus palabras forman los cuerpos que necesitan,
y con el eco, el mundo que le merece.

La máxima pantalla es un ojo de vidrio,
el reflejo de quien lo ve es todo el mundo que tiene.
Y las lágrimas se vuelven la vitrina de los que
se quedaron en la última fila.

El muro es el único vestigio del reino,
de la santa ciudad…

Cuando las manos se unieron para deshonrarlo,
el cielo suspiró su última esperanza…
Desde entonces solo espera el punto

De *Lumen*, 2007.

Gloria

Ayer un nuevo cuerpo se sublimó,
la bandada de palomas compone una sinfonía
cada mañana.
¡Te domine!
Los muchachos toman la barcaza y emprenden el combate,
Sus manos están llenas de sal y espuma.
¡Te domine!
Desde el fondo del cuadro aparece un sospechoso
haciendo coloquios con los gendarmes del cementerio.
¡Te domine!
¡Te domine!

Te domine
El mensajero del imperio nunca se acordó de llegar
a esta orilla.

De *Radio Futura*, 2008.

So Long…

Para Cire y sus detectives

Tras los ojos de una estatua,
poseo la máscara de Dionisio.
Con ella me embriago con el continuo caminar de una escalera
caracolada,
y en ella dos almas que ningunean mi percepción
por los tropos que dejan.

Si en un cuarto el macho cabrío deja la despensa llena
a las contingencias del viento,
en otro devora la miel que le dan en cuencos de olor

a santidad.

El macho como su dador recorre las calles
sin nombres, dejando sus huellas,
que tanto yo y la máscara seguimos hasta el infinito.
Y en el infinito ellos hablan de cómo hacer creernos
que nada existe, que una relación no siempre es lineal,
sino su vasto legado de trampas.

Ahora que las cenizas entran por los ojos
y la máscara desaparece en algún lecho crecido con los ríos,
puedo entender que dos almas solo planean
cuando las espaldas quieren pensar.

De *Radio Futura*, 2008.

Lejana

¿Estará bien tanto cansancio?
Como si el deber acompañara mi fatiga,
obligándola a sentir placer en un cansancio ajeno.

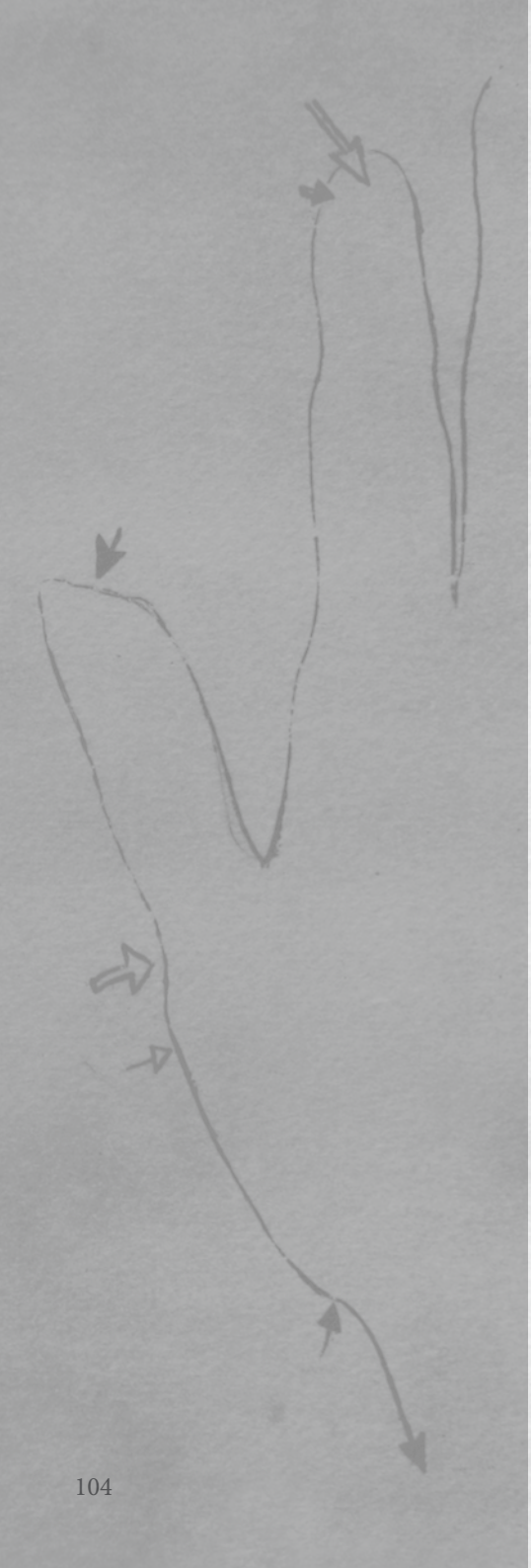
¿Qué importa el nombre si ellos se quedan con el cuerpo?

El rostro de este rostro está gastado,
tanta sonrisa postiza me ha alejado,
y es normal parecer ausente, un poco ida,
viendo en los ojos nada más que los ojos.

PLEXOPERÚ

Poesía y Gráfica
Chile Perú

Verónica Noriega, "Sin título", Aguafuerte, 2011



Poesía:
Natalí Aranda
Valparaíso

¿Estará bien tanto cansancio?

Mejor no pensar y hacer algo con las manos,
hacer algo sobre ese hacer algo hasta el agotamiento.

No seré feliz, pero me volveré digna de serlo.
Dignidad del muerto,
de quien ha perdido su vida en la vida.

¿Y si lleno este cansancio con mi nombre?

Del ocio vendrá el cansancio del cual soy dueña,
de ese ocio-madre de todo vicio como dicen los ociosos de allá arriba,
son quienes me olvidan y obligan a olvidarme…
pero no quiero morir antes de morir.
Quiero reconocerme en este rostro gastado,
y comenzar a percibir el sentido de mis manos.

No ser ajena,
tener un cuerpo y un nombre que me nombre en lo que soy,
quitando a la fatiga ese deber venido de lejos…
hacerla dueña,
convertirla en su propia voluntad.

Acto de constante lejanía

Frente a mí lo que dicen los ojos
más allá de los ojos, nada.

Nada que se entrega en palabras,
en inventos suscitados por un afán de cercanías.

¿El árbol comprende al “árbol”?
Solo cuando callo se aparece el verdadero,
hoja a hoja en el anunciar del viento.

No necesita nombre porque bajo su nombre nada
y sobre su nombre otros nombres

para hacer menos brutal la distancia,

pero ese nombrar hacia arriba es todo lo contrario;
aparta al tacto y vuelve al árbol más ausente.

Parece que el hablar es un acto de constante lejanía

por eso el decir como continuación del latido es un no decir,
un callar que entrega y no se oculta
en la lejana convención del nombre.

Abandono

Extiendo mi mano para decir mi nombre,
es así como el pan nace del miedo de los otros.

Me instalo en el camino de los dignos
a rogarle caridad a la cotidiana indiferencia,
porque en el nombre de la justicia jamás he saciado el hambre.

¿Acaso no ven que muero?

Tal vez mi cuerpo ha desaparecido
y solo queda en su lugar la furia de una vejez abandonada.

Parecen olvidar que he nacido hombre
¡y esperan que yo olvide que he nacido hombre!
para dejarme perecer una de estas noches
sin el sórdido remordimiento de haber acabado
con uno de los suyos.

Noche que igualas a todas las cosas

Saberse noche,
saberse desaparecida estando presente.

Saberse dentro,
unida a lo que surge sin surgir,
a lo que siempre está a la espera de perderse.

¿Soy yo que me pienso o es esta pared helada que al pensarse me piensa?

Saberse una,
sin adentro ni afuera;
habitando solo una continuidad sin nombre.

La casa

Regresa cuando olvido
avisando sutilmente su llegada
con unos pasos venidos de otro mundo.

Vuelve a un aquí que no es aquí,
tomando el cuerpo de una niña fantasma
destruida por el trabajo de los años.

No habla, solo mira.
Mira como quien niega la decisión del tiempo.

Junto a su regreso los rincones;

un pedazo de pan, la voz de la madre, el correr de pieza en pieza…

y el dolor de la primera piel;
despojo del inicio.
Elemento de una memoria de otro mundo.

Con su lenguaje de rincones no me dejará ser adulta,
me esconderá en mi infancia,
haciendo difícil la tarea del tiempo.

Huésped

Todavía alguien
todavía merodeando en los rincones
temeroso de la luz.

Sube la escalera gracias a la negra ausencia de su sombra
asustando a los vivos con su susurrante aparición,
removiendo las cortinas que esconden a la noche
para mostrarnos por un segundo el reflejo de su rostro.

Jamás ha expuesto sus ojos de frente,
camina por los rincones oculto tras un sombrero de copa
como triste testimonio de la edad de su alma.

Vaga cansado
por no saber atravesar el umbral en el momento indicado
convirtiéndose en un todavía a través de los años,
a través de las personas que moran esta casa ligada al otro mundo.

Nocturno espectro
¿Cómo ayudar a tu cansancio, a tu vergüenza de no saber morir?

Buscaré la puerta sellada por el tiempo
la abriré con la inocencia de quien nunca ha muerto
y te enviaré al descanso que no lograste encontrar por ti mismo.

La mano del desierto

Tu mano arrancando su muerte,
arrancando de un cuerpo que ya no existe.

Obligada a transitar por recovecos,
va dejando una huella de huesos en la esperanza de los vivos.

Su paciencia; una sentencia del viento.
Viento que pasa y destruye el trabajo de los siglos
al conocer la negativa de la memoria; fantasma de la historia.

Veo a tu mano implorando a la mía escarbar el olvido,
arrancar su verdad desde la indiferencia,

enrostrarla hasta que duela a quienes no les importa,
porque la han relegado al último lugar de la existencia.

No he nacido

Me miento cada día al mostrarme viva.
Me miento y todos aceptan mi mentira,
me saludan como si el cuerpo realmente caminara por las calles
sintiendo frío, sed y hambre.

Mi voluntad no me ha dejado nacer
tal vez ella nada tiene que ver con los comienzos…
los comienzos son de otros
y solo en los finales se presenta.

No he nacido;
soy la apariencia de signos semejantes a la vida,

falsos signos que deambulan por órganos inexistentes
decididos a recibir el trato de los vivos.

Si me abren no hallarán un corazón,
hallarán pájaros retorciéndose sobre el vacío de la sangre
condenados a vagar sobre sí mismos
esperando la respuesta de un cuerpo
que nunca llegó a nacer del todo.

Rostros

No encontrarán en el mundo a los rostros que me gobiernan,
son rostros antiguos, jamás existentes,
habitantes de recuerdos que no han sido.

De cada uno recojo un pedazo de piel para hacerme los años,
para no huir de esos días inventados
en el extraño placer de dar nombres,
de dar lugares y horizontes a lo que no ha llegado.

Esos rostros distraídos que tejen al tiempo
van abriendo sus oscuras huellas
mostrando la semejanza con las mías; con las de ahora.

Y de repente esos mismos rostros desaparecen al arrancar la hoja,
convirtiendo a la tarde en una espantosa ausencia de nombres,
de rastros que me digan que la he vivido
y que no ha muerto en el triste abismo del silencio.

Cinco de la tarde

Son las cinco
y observo la obsesión de segundos
que tiene esta hora ladrona de las otras.

Cómo va quitando centésimas a las seis
colocando al minutero en una absurda posición;
adelantar y retroceder a cada instante.

Al tiempo le duelen las cinco
¿Cómo no va a doler que uno de tus miembros
no quiera ser parte de ti?

Esa negación hace llorar al devenir.

Pero finalmente el reloj,
como asesino y funcionario
vence en su lucha cotidiana.

Son las seis
y se siente el alivio del péndulo.

Las horas comienzan a sucederse una tras otra
tratando de olvidar la dulce anarquía ofrecida cada tarde
por quien desea liberarse de su irrevocable destino.

El mar ha entrado

El techo reflejando el vaivén de las olas
la cama soportando el estremecimiento
y la pregunta de cómo el mar ha entrado.

Soy naufragio de la más profunda inmensidad,
las razones del agua me van tomando
vistiéndome de un momento inhabitado por la cordura.

La furia del mar roba mi tierra,
me roba el espacio más oculto que tenía
entregándome la edad como recordatorio.

Una edad de cuerpo extraño

que va llenándose de días que no fueron…
de días sin recuerdos que los nombren,
hundidos en el amargo decir del vacío.

De *Acto de constante lejanía*, inédito.

La noche más callada

Horrorizado por el vacío de esta noche contemplo
las licuadas miradas de las estatuas
en imponentes pétreas figuras de caballos y señores
bañadas de gruesa escarcha
entre el océano y su hocico

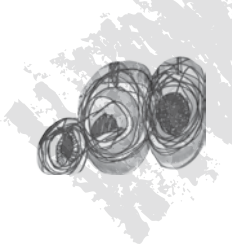
de hambrientos perros; me da miedo oír la noche,
un miedo babeante… y oigo imágenes barrocas
de una isla cromada por la luz y la espuma;
contemplo a un ciego leer mi mano
lo escucho rasmillar instintivamente
espectral en sus palabras
las digita con un amor tan profundo

Zoila Reyes, "Espera", Técnica mixta, 2013

Poesía:

Héctor Santelices

Valparaíso



que tiñen las cotonas de mis ojos, y entonces
vuelco estas manos en una efusión de sangre,
en un callado ritual de gastados libros
impacientes por una digna lectura.

Alas mayúsculas de insectos y trozados roedores,
enanos de dientes verdes borrachos de sangre
y el negro mar de barrancos
contemplan el enclave de cruces y animitas
emboscadas por un augurio de miseria y lozanía.
Solo el sacrificio que da al resistir la roca,
tan monótona y furiosa en su perdición de precipicio,
deja contemplar que ahí tiznada entre cachivaches está
monumental e insignificante la muerte
en todas las formas de su soledad.

Toda esta quietud, engaña, alcalina de silencio; y toscos
los perros de la inanición vestidos de pellejo y huesos
niños cocidos por el frío babean la noche tornasolada sin luna.

La noche más callada del mundo
con su madeja de anciana
se desteje en placas costrosas nacidas de heridas profundas
que la van tornando cadáver granito.

Acuso a la tiniebla y al mal poeta por su inoportuna metáfora:
jamás hubiéramos expresado nuestro cuerpo descompuesto
ni alcanzaríamos la imagen correcta, oiríamos solo el drenar de las lágrimas
y este reaccionar de caracolitos frente a una hoja nueva
oportunista, que quiere ahora arrimarse al verso y recibir aplausos
cuando su miopía le restaba la opacidad, lo oscuro y el dolor;

es cierto, esta noche pudo haber sido de aplausos y alegrías
y no es más que aullido lastimoso y barrancales de lodo
mientras que el gobierno como un ave de fuego se hace intocable,
perverso; y todo no es más que un programa bien tramado
con ironías y mentiras, mientras que las viejas votantes van enredando
la realidad en su madeja.
Reconozcámoslo, esta lucha no es nuestra, nunca lo fue,
aunque nos cale los huesos, si era puro atinar no más,
y nos aferramos a nuestro miedo
a decir lo que sentíamos… Y
hoy los jóvenes en la depuración de lo viejo
nos dejan atrás;

no hay noche, nunca la hubo, todo estaba en nuestra imaginación,
¡qué va a haber noche si tampoco hay día!,
solo hay ambigüedad, cuchillos alzados
y mambo… mucho mambo,
pero no hay noche; nunca se ha dormido en esta fiesta,
solo hay rabia entre el mar atigrado y su espejo,
entre el barranco y los pobladores; ellos se disparan
como en un sueño en las sienes; suicidas del borde,
barranco de tiros y acero
y el niño cae en el grito y salta como en un mar Caribe
embriagado de piedra: siempre le contaron que había linda patria
y esta era solo un largo lodazal de arena molida en húmedos gritos.

Solo nos inventamos un país aunque no tuviera fin.
Solo nos pertenecía la mentira.

Somos muertos, inútiles muertos

Hoy no ha llovido lo suficiente, pero mañana
la lluvia como un helicóptero tornará mi cuerpo
en una merluza, que en aceite y fuego se dará en aroma
de lo que se escurre, acaramelado de especias
cuyas gotas a la sazón del día se harán lúbricas e impuras,
sombras chinas derramándose en mayonesa, ajo y
particulares lenguas garabateando una noche de juerga
tan oscura como arteria cerebral derramada de espanto vegetal.

¡Esta habitación cromada de estío!, lagartos patizambos, beige y azul;
edulcorado, mastico estas hojas por florecer. Sin embargo
esta morada impura está repleta de tartamudos muertos
y elocuentes disléxicos que alguna vez fueron carne y sangre

y hoy son palabras palpitantes en polvo salado.

Todos irán al mar tibios y llorosos, entre la conjunción de la noche y el alba.
También se perderán salpicados de lunas y milicos bototos
entre esa herrumbre ciega de sangre y sal, dúctil y mortuoria
entre cuerpos de coral, porque todos somos muertos, inútiles muertos,
muertos mirando desde la otra esquina tanta borrachera de la vida
y que al despertar drenará caldo nuestro; en un cemento rojo yaciendo
en esquirlas, barridos por mensajeros cuyo corazón se rompe
en un falso pez escamas de oro.

Sumergidos dentro de cetáceos hierros
hallar ese escarabajo que nos camina el corazón
y nos mancha en rocas de viruela la cara del país;
entre furibundas verbosidades, alaridos ciegos
y campanadas abyectas de iglesias
en una isla de asbesto y de boca negra
la luna rota quiebra su cara entre húmeros anclados al abismo.

Un oscuro mar de huesos consume esta memoria.
Crustáceos lavados por la noche.

Ventanas

Ventanas le producen sombríos resquemores y el pie del lagarto no imprime
las uñas en la queratina del pelo, pero el ángel serafín amarillo y celeste mira

acusatorio y triste desde la azotea plata luna con el calipso de sus ojos. Se mea de pavor al mirar al Cristo yanacona, con la platería hormigueada de oro latón y vino. La madera trabajada por un borrachín, esmaltada con delirio, que rechina caoba y espinoso otro Cristo más pequeño, pero no menos trabajado. Todo en recogimiento de corazón y piedra, platería que el sacerdote envuelve de misticismo en repetidos y repetidos cantos. Su mandíbula ornamentada mastica la hostia sanguinolenta, solo para ver la noticia fugaz de una vida de peñas, de pétreos acantilados que, pulidos por la bruma y la lluvia, parten la iglesia de madero frágil que le rebana la cabecita.

La radio, que el oído admira, tiene una bocina regalada por la tarde. Radar

royendo en la gravilla que especula aparecer, crispando medular, pero no mira. Ah, qué miras, cantor. Miras la flor morir, la infeliz que la nube marchita. Mas ella había fallecido, antes se retorcía, si su corazón masticaba untado en la celosía del viento, pues se negaba, se resistía. Tira de la liana. Ondula al desatar de lo injusto esa bradicardia de abuelo queriendo volar. Me indigno, en el juzgado el papel con la denuncia se estampó, pero se hará basura. Eras, eras dialogan en tu cuerpo vegetativo muerto y umbrío, y por qué lo amarillo, lo neutro en la orina del cerdo, una carne vigilante que no se me escapará. Maldita burocracia, estas leyes que duran solo tres días, conteniéndonos en recipiente de zinc como pequeños seres de cera, listos para quemar, licuándonos blondo este grito. Su parasitario grito de niño untado de azufre, su celeste mirada que me observa rebanándose, se aleja de estos siglos con la carcajada hojarasca, limbo, iglesia, sustancia fatua que retumba en la piedra con el canto fúnebre de clavel.

Cristian me dice por qué no escribes la historia de la familia, un libro mayor que describa a cada personaje uno por uno. Debes contemplar, me dice, los acabados movimientos de cada vida, "yo te cuento primero estas maneras del existir", mientras bebe su elixir y los demás me llaman a sus rincones; se disputan con historias mis palabras, se pelean este espacio cada cual más mítico, más susurrante y loco. Yo quisiera calmarlos y explicarles que esta gloria, menuda gloria, no es tan simple. Mi poca experiencia me hace mirar al altar mayor, a la noche que velamos a mi abuelo. Esa noche quiebra mi ánimo, desgasta la piedra madre y la piedra padre, donde se cincela el acantilado. No es tan simple el grito, el escritor tiene que cortar cuántas cabezas sean necesarias, superarse desangrado para que sus sucesores corten la suya; me invitan a morir con gran algarabía, asumen esa responsabilidad frente a mi abuelo, viejo ácrata sumido por el Cristo que lo mira con suplicio.

Los ángeles tallados en madera muerta, pinturas de un sueño percudido por el delirio, anacrónicos modos, pilares destazados por el último terremoto y

nosotros, legión de los infiernos, y nosotros mimetizados por el dolor y la gloria, serafines pagados con el sudor inerte del dinero. Toda la vida nos cruzó el canto, el relieve ornamentado y lo poético, pero… qué es morirse, para qué o por qué. No bastan ya las otras muertes. Oye, artista, aprende a morir, me retan a pensar, pero el grabado de un guerrero con su caballo blanco y las cadenas de una lamprea en el lomo de un buey, han opacado la abulia de mi sangre. Abuelo, me hacen pernoctar a tu lado.

Miro el astro dormido de la noche cruzando la malva soledad. Siglos y siglos en las luces de ébano, el poeta mirando en perpendicular la muerte de los guerreros. Un viejo astro, lo recuerdo, tallado de nostalgia. El deceso del torero con una tauromaquia alucinada, sus bodas de rojos borbotones, el placer de mirarlo contar historias, darme cuenta de que la mentira era su compañera e ignorar de su vida tanto, el internado que intentó musitar, pero sus labios temblaron. Yo era guachito, me dijo, pero ya a los catorce trabajaba y en el puerto a esa edad ya ninguno se atrevía a ponerme la mano encima. Hoy te dejamos en el cementerio municipal la lápida nueva y el ataúd frágil, vienes ansioso, las escleras de tus ojos dilatadas por la luz del día, traes el cuerpo demasiado amplio y el traje limpio de mis muertos.

Oh, mis muertos, los he llorado, uno por uno, los llevo como se lleva algo hermoso; uno a uno los he escrito, cada uno más locuaz, más sucio de lamentos; ellos me acompañan torcidos por el ventarrón de mis ideas, los vuelvo a crear, los vuelco al claroscuro y como unos granos de arvejas los cuento calentándolos en el pecho, limpiándolos para que ellos también hablen entre estas velas que se derriten en la espera.

Me agito y me calmo. Pensar que tengo que escribirte tanto como si te desescribiera. Mi abuelo te lloró tanto que el pecho le dolía, y vaya qué muerte le preparaste. Te escribo como si hubieses sido la responsable. Perdón si no la fuiste; sería tu única travesura, pero las cosas están así por aquí y nadie se

siente seguro. Fuimos magos en tu regazo, abuela, mendrugo por mendrugo nos construiste. Miraste alguna vez que el egoísmo alteraba la casa, que otros llegarían con tu sangre y tus manos, pero nos esperaba el mar de Playa Ancha, las Peña con las Miranda en los ojos, unas amnésicas locas en los recuerdos de gitana. Oh, mis muertos, no podría vivir sin ustedes, saben que no es cobardía escribirlos. Me podrían apuntar con el dedo: este es el cobarde que no puede hablar de los vivos; este es el rufián que discute con los muertos y no ha mirado que el sol se eleva, se aleja cada día más; pero atentos, ya lo he gritado: no vengo a hablar por nadie, son ustedes los que tienen obligadamente que hablar. No represento a nadie, soy solo un zombi camino al atardecer. Me gustaría acompañarlos, sudo sangre en esta inquieta escritura, su lengua amarilla de tanto moverse puebla la sinrazón, pero llegamos a lo neutro de lo quieto, indefectiblemente. En los acres tonos de la baldosa se pudren los cadáveres, lo vivo muerto, lo muerto vivo, las crines de las estatuas, sus puños y sus cabezas cagadas de una gloria que no quiero mía. Miro estas historias, su remanente concentrado en el claustro de una vida de muertes asumidas en un sol ciego. Las cenizas se esparcirán y lo que quedará serán las penas de estos abuelos que murieron, mis muertos, los que edificaron mi mundo, el de esta poesía, la que ignoraron en el goce que les fue negado. Su lenguaje de tumba resuena en la lengua de roca de la sangre.

El niño calavera va hacia el arrecife; su cola de lagarto mancha de tinta los escarpados baúles donde guarda unas ganas menesterosas de vivir. Ha dormido tanto que ya van nueve años de sueño, pero se ha propuesto despertar. Otros muchachos han actuado por él, lavándole la memoria de esparcidas virutas de odio. Lo lamento, es solo sustancia anacrónica. Creí morir cuando agarró las maletas y se fue de casa una mañana. Se fue triste; dejaba tanto, la luna, por ejemplo, plateada y mezquina.

Sus hijos pueblan el mundo. Esas criaturas brotan en llamas, figurillas ennegrecidas de un incendio mineral, que escuchaban cumbias atorrantes al son del coa. Te han necesitado tanto, pero el niño árbol ha crecido raquítico y

perezoso, con pedacitos de pena, ramas secas y flores de puntiagudos pistilos que se le escapan, sus sollozos de viento, sollozos de infante hampón. Que me trague la noche si me cuentan que el padre calavera ha tocado la música de un Beethoven, enfermo por el mal de las estrellas, Minotauro engañado por un reducto de piedra que no lo deja salir de su tumba, trabajada por la desgracia y la ira; ira, mucha ira en mazapán duro de torta nunca de cumpleaños; y los pétalos de la adolescencia fracturados por una golpiza; y el ron mezquino desde la cuna, raíz ocre de la tragedia.

Cuando el pájaro canta, tiemblo; canta y tiemblo; y el temblor se hace noche, pero el pájaro canta y siento miedo y pena. Ya sea la paz que me harta, ya sea la rabia que alguna muerte de agosto me regala. Yo también tengo una alhaja que espera explotar. Él lo sabía muy bien, niño calavera dormido por el solsticio último, su ropa de trabajo zurcida tenía trozos de sol, su carterita de niña que daba risa y ternura mirando su cuerpo musculoso y estentóreo, los bolsillos llenos de chocolatinas y la sonrisa sardónica de payasito infeliz. Manojo de manos tiene en su calle, pero se ha dormido, también la calle un poco se ha dormido en él, con su colita flaitonga y la seguridad de que nada cambiará.

Mi urna ha sido labrada junto a los que más amo y pronto el gallo erguido y tétrico cantará al sol negro, un sol rechazado por la carne rebelde, sol que exprimirá todo el zumo al fruto pausado y firme. Pero leo la carta astral de Laverna, la canto adorando a la virgen de los ladrones —negra como ella y mítica Monserrat— satanizada por un beso de augurio. Junto al cementerio blanco, al mármol atorrante, a la tierra lapidaria, a la cal de los mausoleos, veo la playa grande de roqueríos cristalizados de frío. Me prometí labrar mi casa como una penuria de castas rosas alambicadas; mas los postes raídos son de la lluvia porcelana, sus techos bajos oscurecidos y a la intemperie. Miraré, miraré la piedra dura de la exprimidura; acicalarme el cabello, las carnes, y la risa me crecerá como hormigas de plata en los huesos. En la lengua putrefacta, sus nombres como un grito terrible, sus nombres en mi simiente yerta y de bruces en sus tumbas caeré. Pedro, Ana, Pancho: toda esta porquería cesará un día

y esta poesía blandirá sus nombres bajo la nube que llora su muerte, el acto teatral de término, fin a la catarsis de este baile de un infierno de japonería, con su música inesperadamente invernal en su brusquedad de preceptor diabólico.

Acerca de cómo contemplar *El hijo del hombre*

A Raúl

Los hermanos caminan descalzos por la arena,
bajo las piedras viven pancoras
que coleccionan en baldes
para luego dejarlas morir al sol junto a trozos de vidrios de mar;
la primera inocencia ante la muerte.

Siguen ahí,
contando cisnes
minutos de un reloj sin cuerda,
secuencia de un rollo fotográfico develado;
y sin embargo, este no es un cuadro de Magritte,
la madre tiñe de rojos sus labios,

Carolina Salinas, "Viaje urbano por la ciudad", Aguafuerte, 2013

Poesía:
Claudia Jara
Temuco

el padre mira fútbol por la televisión,
los hermanos vuelven del colegio.

Recapitulando, esta es la familia:
Dos mujeres, dos hombres
Sentados a la mesa un domingo.

Guarda las fotografías
No olvides mi cara, no cambiará tanto;
envía mi almohada,
el olor de ésta no me deja dormir.

Estos son los minutos del hermano,
Los muebles están sucios para él;
El hijo menor es ahora el único de los hijos,
Su condición lo obliga a alimentar el fuego;
Existen vacíos que solo se llenan con leña seca.

Aquí estoy,
Me han crecido los huesos
Se ha engrosado mi voz
Y no estás.

Los hermanos son ahora,
Un joven,
Una joven,
separados por el vaivén de una barcaza que no logra llegar a puerto,
maniobras de atraque fallidos,
el capitán anuncia que no llegarán.

No soporto más,
Los números se me repiten,
Ícaro es un estudiante que se lanza del cuarto piso.

Estos pueden ser algunos intentos de retorno:
Una hija y su padre caminando por la playa mientras el camino se bifurca,
Lerina, la mujer que vino de un mundo paralelo,
El afortunado que encuentre el último decimal de pi.

Esta es la única decepción:
un hijo único
Que vuelve a ser el menor de los hermanos,
Así viven las pancoras bajo las piedras,
Este eres tú Raúl cargando a tu hermana.

Recapitulando esta es la familia:
Dos mujeres, dos hombres, ahora un perro
Sentados nuevamente a la mesa un domingo.

Los hermanos despiertan a mitad del sueño,
En el Cautín la leña no seca
Y caminan por la ciudad con olor a ropa mojada.

Yo cuidaré de ti,
Preguntaré si estás viva,
Preguntaré dónde estás

Este es el tiempo,
Un reloj al que se le ha dado cuerda,
Dos navajas cruzadas que anticipan lo que vendrá.

Los hermanos contemplan
El hijo del hombre,
La cara detrás de la manzana podría ser la tuya, Raúl,
Podrías ser tú, frente a la bahía de Chaitén.

Ahora me preguntas por las fotografías de niños,
Y sin embargo, este no es un cuadro de Magritte.

A ratos

Ya pasó tu hora, Emile Armand,
la gente va por las calles buscando un dueño
—un collar al que amarrar su cuello—
algo de gracia debe tener arrancar luego de él,
el abandono
debe tener también su gracia:
la vieja metáfora de la catedral y las iglesias.

Mis amigos hablan de amor
con la pasión con que van al supermercado;
compran té, azúcar, arroz,
a veces tomates,
naranjas en invierno.

Hablamos del té,
de las formas de prepararlo:
té con limón, té con miel, té con naranjas en invierno;
Y hablamos también del invierno,
de la primavera que está por llegar,
de los viajes que vendrán.

Así se anuncian las partidas:
Terminales,
buses, trenes, barcos, aviones;
Los ticket al otro lado de la cordillera,
las primeras lejanías.

Me preguntan si acá llueve.
A ratos llueve
A ratos sale el sol
Como en todas partes, les dije.

Limbo

Tendremos más horas para esta sobriedad
¿Alguien puede invitarme un último trago?
Si es necesario bailo con usted,
Le puedo tomar la mano,
Hablar alguna cosa sencilla al oído,
Sonreír mientras le digo mi nombre.

Afuera hace frío.
No soñaré esta noche,
Los sueños son para el recuerdo,
Soñar que camino con mi padre,
Que lo abrazo y le digo “quiero”,
Que mañana iremos a pescar.

Sí, ya tendremos tiempo para esta sobriedad,
Nos sentaremos a la mesa,
Comeremos con la familia;
Pero no me quiten este último trago,
No digan que van a cerrar,
Ya sé que es tarde,
Y mañana al trabajo.

Aquí estoy,
ya ven con la tristeza de los frutos
silvestres en un frasco de conserva.
Creo que nunca salí del bar,
me quedé ahí,
en el marco de la puerta,
mordiendo el borde de los vasos vacíos.

Este es el estadio de las cosas

Todavía jugamos a la escondida,
Te sientas en el sillón de siempre
tomas tu cara con ambas manos.
Ríes.

Yo miro la escena,
enciendo el último cigarrillo mentolado,
hablamos del tiempo:
Cubierto, altas probabilidades de precipitaciones.

Algo debería precipitarse entre nosotros
deberías perder el paraguas
dejar que te corra la lluvia.

Caminamos bajo la sombra saltando las grietas de la vereda,
cerramos las cortinas, bajamos la intensidad de la luz,
y ya ves, no está en nuestras manos ocultar el sol.

Es una lástima no tener la gracia de Evelyn McHale para terminar bajo un
edificio.

Taxi

Temuco, 2013

Hace rato que miro Caupolicán pensando en Tokio,
El decorado neón de las calles,
cartografía universal del mercado;
nada tiene que envidiarle la jornada laboral
al kamikaze de la segunda guerra,
nada tiene que envidiarle el edificio en construcción
a la geisha que subastó su virginidad.

Y sigo,
voy en taxi pensando en Tokio,
El taxímetro, una sutil forma de calendario:
solo números sucediéndose.

Es evidente,
nada de esto tiene sentido,
Lo importante ocurre siempre
al final del camino.
Todo se reduce a ver una luz encendida al llegar a casa.

Breve historia, pero breve

Dices que nos dormimos en los laureles, que nos entregamos a la fama de nuestro talento para emborracharnos, hicimos de la fiesta arte, ninguna escalera resistió la conquista, ningún baño público fue testigo inocente. No hubo vereda, plaza, esquina a la que no les lanzáramos besos y silbáramos de noche, hicimos de la noche arte. Pero para que fueras feliz lo llené todo de maltrato, todo engaño es un pacto y raspábamos la pintura azul de tus paredes para escribir nuestros nombres, juntos, separados, de nuevo juntos, el engaño es arte.

Yo iba a quererte cuando dejáramos el arte y la fama, pero fue demasiado el talento, demasiado, vino, vodka, ron, pisco, demasiado alcohol tibio frente a la cárcel, toda muerte es arte, como esa tarde en el cementerio cuando buscábamos la tumba de mi abuelo y te invité a mi casa a hacer el amor, iba a quererte cuando dejáramos el arte y la fama, pero fue demasiado el talento.

Cuerpo

1

Este cuerpo,
este territorio abandonado de inocencia
lo fragmento hasta sacarme las uñas.

2

No hay mejor memoria que la piel,
Pocos podremos mirarnos al espejo
Cuando llegue el Alzheimer.

Cuento 366

Papá, no me cuentes
historias de princesas
de jazmines recién cortados,
mientras me recorro la decencia.

Ya ves,
la ficción clausuró mis agujeros,
Invirtió mis gritos,
ahora cuido a la niña,
Con la gracia de la fábula aprendida.

Los cuentos, papá,
ya no son los de los hermanos Grimm,
los héroes conocen la crueldad,
y aquí en La Santa Araucanía,
Todos aspiran a ser héroes.

Ausencia

De esta ausencia,
de mí, de ti,
de la ausencia que no se habló,
de lo que dejé,
de "arriba los pobres del mundo",
de la última vez que creí,
de cuando dejé de creer,
de cuando creí en otras cosas y dejé de creer de nuevo,
de cuando me enamoré y cuando no,
de mi madre y mi padre,
de las ciudades que he dejado,
de esta ciudad,
de esa casa en la que ya no vivo,
de la ausencia y de mí.

¿Me perdonarán cuando estos labios

no reflejen las luces de la noche?
Sucede que ahora me invento las risas.

Y por favor perdonen,
cuando mi ausencia haya sido
nunca haber llegado.

No tengo flores en mi casa

A mí las plantas se me secan
no porque no tenga buena mano
lo que planto florece
el problema es cuando crecen
y las voy olvidando
hasta que ya no las recuerdo más
y el único regadío que pueden esperar
es el meado borracho de mis amigos
fuera de la casa
porque a mí las plantas se me secan
se me secan como la entrepierna
cuando ha pasado más de una semana
y no me invitan a dormir
y no me queda más que recurrir
a esos que hacen fila esperando humedecerme un poco
aprovecharse de mi buena mano

que hace florecer las plantas
pero no entienden que a mí luego
las plantas se me secan.

Perros

I

Batallaba con los perros por un poco de basura,
la ciudad en el vertedero,
miles de vidas dentro de bolsas negras
—*demasiadas bolsas*—
Tengo vergüenza de esta basura,
a ver si como los perros puedes tomar algunos restos,
llenarme el rostro de algo que no sea solo sobras,
latas y cortes de latas en mis dedos.

Un montón de desperdicios que antes fueron cosas.

II

Me arraigo en el eriazo de los perros
La seguridad de la jauría,
Solo lamemos la sangre asomada del abandono
Esa soledad bastante humana.

III

A ver si esta noche le aullamos a los fragmentos:
No quiero olvidar que un trozo de vidrio
Es también una botella rota.

Réquiem

La música empieza donde se acaba el lenguaje
E.T.A. Hoffman

¿Y cómo la vibración llegó a nuestra casa? Si nunca sentimos el murmullo
ni la estática en el paréntesis del silencio.
¿Y cómo revestimos la herida capital? Si con tatuajes la sombra inflama la voz.

Acaso el conjunto de sucesos y la causalidad nos llevó de la mano
hasta soltarnos entre las paredes de la ciudad y nos vimos sometidos
ante el espejo del agua estancada, ante callejones saciados de fuego
donde ceniza resuena al quemar la noche. Concierto de población.
Registros, registros. Ritos que acompañan la danza

Daniel Cotrina, "Contumaza", Óleo sobre lienzo, 2010

Poesía:
André Meyer
Santiago de Chile

que impregna la pared del hambre en este cielo
agrietado por el canto.

Réquiem

Pregunté por el vientre encinta
por los gritos de la cárcel
por los latidos
y por las miles de sonrisas que guardamos
cuando el orgullo oprime la boca.
Acaso caí en el infierno musical
y la calle, por yerma que parezca
es una trampa.
Calle sembrada por velas y fierros
que golpean el paladar de la noche.

—Nada se acopla con nada aquí—

Y dice:

Déjame sobre las techumbres
Déjame en la geografía oscura
Déjame entre las sabanas tiznadas
Déjame en los basurales
Déjame sobre el riel arrasado por el oxido

Réquiem

Del ojo y la ceniza
me habitas dentro fuera
del espejo.

—Un canto que atravieso como un túnel—
a una puerta de cerrar estas ventanas

por el ruedo de la maquinaria nocturna
en la plaga de luces / caretas / cadáveres
/ / / / espacios vacantes
y emociones desolladas por la ruina.
Porque dura es la señal en el hocico
cuando "*La palabra es sonido esculpido*" que desgarra
la lengua.
Y mientras las catedrales sudan
resuena la canción en la piedra de mi pecho
partitura sesgada en el desfiladero.
Gemidos, crispaduras, crepitares.
Cuchillos de sol y sombra en la cortina de metal.

mientras

Llora un niño tras la ventana
¡Mamá, no tengo mamá! (me dice)
Y la noche de perros, mi cuerpo rompe.

mientras

El cenit de la estridencia reside
con la intimidad de una puñalada.

Réquiem
El cemento hiere mis oídos.
La razón se precita en retazos.
De la garganta brota la raíz del llanto.
El ojo diseca la imagen.

Y mi calle por yerma que parezca es el infierno.

El origen del mundo
Courbet

Cruce interracial entre pliegues de abundancia.
Blanco y negro se pierde, se pierde la rectitud
horizontal en el cuerpo de la tentación; sujeta
en piel la llave del deseo, con sus telas erguidas
y apuntaladas bajo el compás de lo duro y blando
/ de quien da o recibe.
Sobre la panza una niña intenta volver
a lo desconocido, infante que devora
el interior con su mirada, aquí todo se pierde
y no hay respuesta ante lo replegado.
—Solo intentar ver sus ojos ausentes
es yacer en su boca y no verse las manos.
Es volcar el vientre
que engulle o vomita
engulle o vomita
a la cría sin útero ni deseo.

En este zoológico sexual, aquí donde la cría es permanencia y mercado
aquí donde necesitan señoritas de buena presencia, turnos; fuera y dentro del
día
mano de obra y fichas de ruleta que giran en el marco tatuado en el iris.
Y yo sin ser señorita
Miré

Y

vi el cuerpo forjado por la textura del adoquín
donde mis sábanas yacen preñadas y mi deseo nace
por la fisura que esconde su rostro cuando la luz
en el paladar.
Y

vi la aniquilación de mi lengua
por otra saliva, de boca al catre en un viaje circular
del cielorraso a la techumbre de sábana a sábana.

Y

vi desde el barro los hilos de las marionetas
y cómo la penumbra afectó mi sangre a ras/vida
del espejo infiel, que no es otro que esta muerte.

Y

sacudimos la mandíbula desencajada por el beso del infante y la muralla. En ti no hay renuncia, solo espejo, ola que rompe contra el borde metálico del catre y se despeña en la orilla al recibir tu lengua estremecida por el sol no nato. Y juntos vaciamos la hendidura sin boca en algún rincón del tiempo y la memoria, pero en la incertidumbre del acto tu figura se erige como una sombra. Apuñalar la almohada, cercenar mis mantas, cubrir con sábanas la imagen y no me bastará para decir: te quise. Dispuestos por nueva piel cercamos las palabras al encender los dientes que decoran tus labios. Y me miras, lames tu palma y por el origen pasas esa mano húmeda de sal y lengua al apretar tus caderas en mi contra y hundir el cielo *abajo, abajo, ahí donde también hay dioses*.

Y

bajo tu país de ojos cerrados no hay noche, mujer. De la culpa y la purga poco queda mientras la mejilla del sol devora la sombra; soy el cenicero abarrotado de fuego, cadáver y humo entre los susurros que bambolean por las cortinas de una pieza que enfrenta su mediodía. Dilucidar con mis manos tus curvas es entregar los ojos, quedarse a ciegas por la silueta del recuerdo, se piensa, se vive y las piernas abren su secreto en las fauces de mi cama. Mueca descarnada. Papel sin respiro. Cadáveres sin sábanas incendian nuestro vacío.

Y

me termina el día sobre la piel, entre la cama y los ojos de quien se grita

hundiendo los bordes de la carne, acostumbrado a lo prohibido de pliegues juveniles, al recordar el paso del sillón a mi cama, del marrueco al sostén, bajo el filo de los labios que acunan esas caderas volviendo divertimento el tedio de los miles de cigarros que se apilan como pirámide inflamada de memoria, fragor atizado por la mano que abre la puerta de la evocación y despide con un beso en la cara a la mujer que llegó siendo niña, pero el beso final jamás estará a la altura de lo escuchado por las paredes oscurecidas tras el cielo pálido de la casa.

Y

enfrentar el suelo desde la cama y dirigir la mirada al cielorraso mientras devela la luz/noche el gemido de la ausencia, es pensar en ella y en su boca que cercana a la mía llenaba de palabras bajo el sopor de labios junto a cada letra mecida por roce, saliva y fuego. Danza de muerte frente al patíbulo de los minutos al morder todos sus secretos; noche/luz que abandona mi cuerpo sobre lo prohibido porque estar en cama es volver a besarte y saber que tus días no son míos.

Ahora que tu carta ha violado mis ojos

Las horas queman cuando recordar el cara a cara es un día en medio del griterío y el sol un vaso de agua si tus labios húmedos besan el desierto. Y tibia descansas, susurrada al interior del roce frote, donde anudas mi garganta.
Olvidar es la palabra que tatuaré en el espejo.
El deseo escribe en mi boca.

No soy André cuando vivo desde abajo y del no nombre refugio tu hambre

oculta por inocencia; la edad nos separa porque un vientre te cobijó 15 años después del nacimiento. No soy André cuando entre tus piernas nuestra música es la cama. Estás loco, te viniste rico, te extrañaba, amor, son tus palabras mientras en nosotros la muerte vive, pequeña e indolente, abrazando la perdición. Siendo sombra imagen si de tus labios escucho: ¡Esto fue un error!

Y antes de cada viaje verte se hizo costumbre, en medio de tanto sol invertido que visita mi casa. Porque tu oscuridad es la voz que aliena todo cejo de ternura y en tu mirada extraviarse es dilucidar la existencia, viajar sin tránsito por tus

fronteras al recordar la música que en cama hicimos nuestra.
¡Mírame, sí, mírame!

Semilla de culpa es la despedida, aquí tú no sabes quién eres; donde la renuncia enquista el rostro. Y con mi lengua dentro, los gemidos acallaron el nombre, al apretar tus senos bajo la circularidad de mis manos, no hay voz si las caderas son partitura del instinto. Entré y acariciamos al infiel mientras tus muslos crecen como raíces sobre mi torso cuando la patria es del cuerpo al desplegar el continuo mecer de dos siendo uno.

Y no hay vacío, si los minutos recorren la mudez porque tu boca muerde la sábana y la piel es humedecida por hielo en mano y tras contacto frío espalda te despiertas. No dices, pero actúas, un hecho que desolló la tarde y el pastizal que alguna vez caminamos, una ventana a los cientos de palabras y murmuraciones que cargamos en el cuello, hombros, caderas, sexos, rodeados por las calles y bloques que conforman el hogar uterino, carne viva del cemento humano.

Y antes del nombre el cuerpo fue puente, pero el ardiente veneno pubescente es lápida que arrastro por desnudez; ligado a ti tras endosar en mi piel el flujo de tus olas. Tus labios, un conjunto de matices y sangre concadenada, revelan bajo su ángulo la fuente del cuello y tras la hondura de las clavículas aparece la trémula carne que agitas cuando montas el gemir y bajo tu concierto, brilla la oscuridad si nos muerde la boca. No soy André al aferrarme a tus piernas abiertas y fundir los bordes para encarnar la llama y el dolor. Un ramo de entrañas y espinas para aliviar el anhelo que restregando mis labios secos une la nostalgia a tu puerta. Eres piedra contra la que despeño mi ternura.

He vivido la escritura como ejercicio distante. La temporada de melancolía fue acotada porque estoy dentro del cuerpo que anhelo sin medir consecuencias. No hay miedo, solo presente y en esta dinámica las imágenes que persistían

golpe a golpe son acalladas por este silencio que me invita revivir el nombre de mi secreto.

De noche las horas duermen bajo mis párpados y no hay mañana que duela, porque el día es un reloj que no muere si en tus ojos lo vivo. Y no estoy llenando vacíos con otro cuerpo si este no me pertenece tras código o beso alguno. Es simple, mi cama se ha vuelto un poema.

Sin

Tu suelo será morada de las malas hierbas
Mary Shelley

Sin carne para su boca, la risa es el concierto que perturbó el rostro mi niño, cerrando labios y dentando la palabra. Refugiándose en todas esas imágenes que vio sin contar. Cuánta pareja fue testigo de tu cara sin lenguaje; de la comisura borrada por el tajo afiebrado de tu historia, por infancia recluida de voz y cariño, al evadir su sombra y dar oídos a miles de amantes.
—No hay voz para ti, mi niño, dijo una gitana mientras su frente arrugada por acunar tanta sílaba se fruncía expresando el grito ya podrido en la garganta.
—Tu alimento será el fuego de las voces desasidas por otros, recogerás ruinas. Pero, cómo jugar si una de tus cartas está marcada en la mano sin respuesta, porque al escuchar las campanadas, esta vida tiene su cuerpo ya trazado y en tus ojos tatuados, mi niño, verás siempre la noche del mundo.

Casi como un halo

Vine a dar aquí, solo vine a dar aquí

por casualidad. Un efecto grandilocuente
no deseado, cuando te paraste y te fuiste
sin decir agua va; aunque habían sido los celos
justificados o no, el preámbulo lógico
para tu estampida de cierre de opereta tragicómica y todo.

Vislumbramos mi nocturna sombra y yo
más allá del pie de la algazara que se nos venía encima
—calle abajo, Cerro Concepción, ciudad de Valparaíso, enero, pleno
carnaval—
de esa colorida comparsa de cuerpos húmedos
y generosos de piel en frenética danza,
algo más que nuestro solo deseo de entrepiernas
bajo esa luna difusa pero de intenciones claramente ninfomaníacas:

eres definitivamente un caso perdido, me susurró

Marco Durán, "Mirando la muerte", Xilografía intervenida, 2008

Poesía:

Patricio Bruna

Valparaíso

la argéntea con su vaho levemente neblinoso
cuando me hubo dado alcance
ya en medio de su plena noche y de sus mil tambores,
luego dudé de estar allí realmente bajo el influjo de sus caricias
en su sueño casi como un halo, la presencia perdida de mi paso
en su loca cabecita… Apenas la incorrecta digresión
entre su plateado acicalarse y su gemir
cuarto menguante adentro
de su refulgente orgasmo.

Y no te lo creas, lo del gato al dominio
de sus tejados… Esto que parece comedia
no es el relato de una puesta en escena completa en sí misma
—o un musical o algo de ficción textual que así se le parezca,
o la parcial interpretación de la linealidad más prosaica de este mismo
poema—
o ya estarás empezando de veras a no ser más viejo
para caer de nuevo en esta trampa, como cuando de verdad eras
joven e inocente. Y el balde de agua fría
y la carrerita de sus tacones agujereando sordamente la noche.

Tal como la dejamos

Quedaron un no sé qué de cosas, todas desparramadas
por la velocidad incauta del pensamiento, y entonces, solo sé esto:
que nos prometimos volver para el siguiente verano… El cual se presentó
como un colorido golpe a la vista, sinuoso de poleras, pantaloncillos cortos
y trajes de baño al sol, signando nuestro adolescente olvido
en la desfachatez vibrante de su arcoíris
para toda esa temporada playera
al amparo de lo más turístico de nuestro bello litoral central.

Pues sí, así de superficiales, más preocupados del bronceado de los cuerpos,
mitificando toda belleza exterior en el paisaje del azul casi celeste del mar
como la excusa más feliz por no acordarse de nada,
incluso nada tan importante del anterior estío
como para no centrarnos exclusivamente en el de ahora.

Nos movemos, claro que sí, en este el enésimo verano
dentro de esta dictadura;
y aquella etapa juvenil está fija, inmóvil,

tal como la dejamos allí… ¿olvidada ahora?
—sin poder ¿o querer? cambiar nada de esta oprobiosa realidad—
por nosotros; hay por tanto una especie de duro juicio íntimo a lo vivido
—interdictos, como estábamos, dentro de esos diecisiete años—
y la condena auto-impuesta de un culpable rencor,
este dudoso auto-resentimiento que no acaba nunca
de instalarse, derechamente como un odio a esa bisoña inmadurez
porque no se reconoce cuánta de ella persiste
en nosotros —ya viejos cincuentones— hoy,
porque va y viene como intermitente pero eterna resaca
hacia y desde nosotros mismos.

Los puntos que creímos ganar
no los fallamos, pero tampoco los sumamos; y luego aquí no hay nada,
nada que se parezca a espejeos benefactores o benignos. Y
la trama es terca en su ocultamiento de ese algo que se yergue
como siquiera una pequeña pero no desmembrada verdad,
y vivimos dependientes, precarios,
necesitados de un sino que al menos nos roce con la promesa de sacarnos
—tras su temido cumplimiento—
lo mejor de nosotros mismos
que en ese momento, solo en ese momento y no en otro,
podremos en nosotros engendrar,
algo así como la llave de luz que recomponga en uno
los divergentes reflejos de los fragmentos
de nuestra quebrantada generación
para acceder al preciso lugar donde poder
encontrar y recuperar
las pérdidas más significativas de cada quien.

Ahora es la ceiba

Hubo una seguidilla de golpes secos
en la puerta; la ceiba
entrometiendo sus largos y tupidos brazos
casa adentro
crecía a la velocidad plena del goce
que en ese momento nos fundía
carne con carne en el ateo ardor…
y sus lustrosas hojas verde claro por mil,
¡inundándonos la hojarasca!

Sumergidos entonces en ese follaje,
"busquen lo pintado por la cara exterior —con esa expresión casi grave casi
risueña con que acostumbra a presentarse en nuestros sueños—
antes de contemplar la interior", así nos lo dijo
supuestamente nada de compleja, cómo decirte,
supuestamente nada de complicada, así,
nada de desenmarañada, la ceiba, entonces enredándonos
en su propio mar de ramas y lustrosas hojas verdes; y para concluir:

“no quieran sacrificarse conmigo uno a uno antes de llegar a mi copa
clavados a las espinas de mi tronco tan patéticos como otro Cristo más
—sea la primera—,
no crean salvarse conmigo perdidos ya dentro de mi copa
en la promesa de mis trece cielos como otro obtuso místico más
—sea la segunda—,
imagen fundida fuera y dentro
esta cara”. Y quien abría, cerraba.

Los golpes habían cesado cuando llegó
y cuando abrimos la puerta no supimos
si entraba o salía. Hubo, entonces, este goce de muerte
tan, tan pequeña que nunca alcanzó
para dejarse ser por completo
¿el deleite pleno que nos terminara de matar, totalmente?
Lo que por ahora, solo por ahora —lo de esta supuesta totalidad—,
en el signo mítico de este árbol se asume
solo como una agónica promesa de trascendencia espiritual más.

Como un ardid

Distante compré este adorno; de primera
no se ve en sus detalles… Fue puro instinto, pero mira:
está hecho de semillas y
grita, simulando peces y aves en entrevero
pegados fuera de sus elementos respectivos. No es muy bello
pero sí que es raro, tómalo, por favor,
no siempre debemos guiarnos solo por el olfato, es decir, así

tan primariamente atenidos al dejo de un contenido instinto
en cada elaborado pensamiento;
estar, inmovilizados así... Contemplando esta acuosa inmensidad azul
contra el transparente celeste de este luminoso día.

¡Ah, las eternas defensas
—eso, si le causa mucha gracia esta actitud!,
mira que después no para
de reír; ¡eso, eso era!, algo mucho más que un artificio
artesanal; lo supimos tarde, cuando la serie había terminado y con ella

los espacios ficticios que proveía—,
al ablandarse estas ya son muy pequeñas, pero no desaparecen,
eventualmente resurgen en primavera, entremezcladas con el molesto polen,

y en las veredas, ya en sus puntuales casos —estas eternas defensas—,
todavía son transitables, como un urbano ardid
siempre pertinente.

Pero, en esta pequeña caleta, no. Aquí se hacen francamente impertinentes.
Y no escribo así
de ninguna cosa prefijada en especial,
pero lo hago en hojas que cuelgan
de las ramas... sí, y el árbol —este árbol costero—soy yo,
por supuesto, ¡tooodo un lugar común!
Mira, ¡lo que son las cosas! Solo después pensé que te podría ofender,
¡ya pues, olvida lo cliché de este vegetal símil!, el día se nubla

y no importan las aparentes razones del tiempo meteorológico
si las gaviotas caen fundidas como niebla, en fin... Solamente
cavilé que podría comunicarte esta divagancia, como si no fueras ya
mi enemiga. Uno nunca sabe,

nuestro beso también cae fundido como niebla. Entre el borde costero
y el mar Pacífico. Valparaíso nos vive clavado con su cielo de espaldas,
como una isla. No, no te lo dije, sus sirenas no lo saben,

pero traerán todo lo necesario. Para el juego también
suficientes papelillos para hartos gramos
de intuición. Esto siempre ayuda. Y
aquí es que estamos de nuevo, Caleta Horcón
en su suave fragancia de yodo, un puro fulgurante estío de mar y arenas
solo por un par de días. Y bien… Haremos como si nada,

podremos volarnos y en medio reírnos de todo
comentando las menudencias sensoriales de este vuelo
como si estas fuesen demasiado importantes
como para tomarlas siempre en serio.
Claro —ya sin arriscar tanto la nariz—, habrá suficiente para comer y beber.

Ciegos ecuestres (o, ¡Hi-yo, Silver, away!)

Luego se fue; usted conjetura que no,
si no se le vieron las espaldas empequeñecer
se supone que alejándose.
Pero este escape a galope tendido
ocurría en la cabeza, la que perdía de su lugar
bajo el signo travieso y burlón, sí, infantil, de una trompeta
mágica sonando a todo dar:

primero al cuento, se nos dijo, es preciso reforzarlo con este comic…
y usted dale con que sí; si no todos en nuestra perdida generación están
dispuestos a caer presos
de esa admiración y
desandar los vericuetos ecuestres de la olímpica falla del gobierno militar,
para entregarse ciegos al infantil desatino, encandilamiento
del arrobador sonido de toda esa orquesta tronando monumental
tras la magia de esa primera trompeta
en la obertura de Guillermo Tell.

Cuando se hubo ido de verdad ese personaje, usted, ciertamente, era el otro,
ajeno en sí —de este Valparaíso de plano, cerros y quebradas, remendado
después de cada incendio, temporal o terremoto—,
pero en sí; todo de una remota forma, ahora adulta, por re-montar
y ya no poder domar. Y *El llanero solitario*
en ese televisor blanco y negro 24 pulgadas
con carcasa de madera, galopando, hacia la luna llena
llena
en los ojos
de ese niño perdido para siempre en ella. Al concluir
ya no en otra historia más, sino en la última
y ya no más gritando: ¡ Hi-yo, Silver, away!

Cuánticos

Esto se parece a una siniestra sonrisa… es decir
la divertida forma de un pequeño placer
que sin embargo en algo nos duele… ¿Más o menos?
Una abstracción siniestra. ¿No?
¿No te referirás a la idea de… a la persistencia eterna
—en espacio y tiempo—
de una conciencia todopoderosa?

Salimos al morir la tarde de nuestros respectivos lugares de trabajo,
nos juntamos en Valparaíso; nuestro aporreado y cansado amor
amerita renovar los indolentes gestos
—los que simplemente se vuelven costumbre—
por aquellos gestos amables que osan constante preocupación
porque se teme a aquella siempre insegura
como si recién iniciándose en su conquista;

ella trabaja acá en Valparaíso (ciudad donde ambos vivimos)
y yo en Viña del Mar;

bien se sabe, clase trabajadora: el dinero solo alcanza para sobrevivir;
hoy nos toca reconciliarnos
llevándola a cenar comida china; una vez más nada extraordinario,
solo el menú de oferta —aunque no el más barato esta vez—
para dos.

Esta divertida forma
que nunca lo es tanto, porque al fin siempre reclama
fatalmente romántica
solo un abrazo, luego
solo un beso, luego
solo poseernos, hasta
solo esta pequeña
muerte

solo una vez más… Esta divina idea
de ser. Esta pequeña
fatal
satisfecha sonrisa de ayer.

Hibernados (o, Sin recursos de amparo)

Por poco casi estábamos pagando nosotros
los platos rotos
de aquel lío. Juzgábamos mal, ahora lo sabemos;
claro que pudo ser demasiado
tarde en la altanera secuencia de las voces

loza que cae toda al suelo
guiñando el ojo a los fragmentos,
a lo entero imposible de reintegrar. Y luego todos
los comensales hacíamos como si nos acercábamos
solamente. Y del estropicio nada.

Y la cabaña en la playa
de vacaciones, tendida al sol en la arena
en la crisis de su propio paisaje… Era un tema obligado,
conversación de sobremesa… discusión, costo motín de hogar;
y el intento de una demostración cuasi real
¿se nos iba la vida en esto?
pero posible a la postre de parir acaso un par de buenos argumentos

como la razón —insuficiente en todo caso—
para esa misma doméstica asamblea; en esto del poder
tirar la casa o… más bien esa cabaña
por la ventana, en su realismo nazi y soviético ¿superpuestos en uno solo?,
la estética trasnochada de un abordaje racionalistamente clásico
pero inconducente en su sosa transparencia.

Grafiteros, entonces, de una barroca nostalgia callejera
díscolamente juvenil, adolescente; de muros exteriores sobre saturados
de pésimos murales e idealistas consignas; si moríamos al amanecer
vampirizados por la obnubilación tenebrista de la propia sangre,
sangre con la que nos hubiese gustado escribir o pintar
o al menos garrapatear en un atmosférico claro-oscuro
la idea más clara y honesta de una estética
aunque pequeña e incomprendida, pero nuestra; odisea de juventud
antes de salir con vida de aquella venusiana vellosidad, obviamente.

Lo que visto ahora desde aquí, sin duda, era de este tamaño, así:
las imperceptibles marcas en nuestros cuellos del mito yugular,
aquel que se escondía en la aparente historia, en la oficial,
mitología sublevada de esta memoria patria. Para no creerlo,
cuando una descripción burda del falso testigo del Estado acusador bastaba;
si nos sentenciaba aquel mismo, siendo juez y parte también:
la propia sien latiendo, a mil
en la resaca gris del remordimiento:

¡rojo, rojo! Sendos golpes del martillo. *Está usted condenado*.
Ergo. Por rojo.
Esto, nada más. Y eso que las frases de nuestros diálogos frenaban
conmocionadas por evitar el choque contra toda mejor aproximación
a una buena conclusión. Y sin ser militantes
de nada. Así, en cierta medida, manejar mejor el asunto

¿poniéndonos en el camino de acuerdo; ¿y de qué otro modo?,
moverlo, saber estremecerlo
de un lado a otro, pero sin llegar
a concluir nunca en nada. Precisamente. Nada. Era lo que había
que hacer allí —interdictos naturalizados del estado represor— y no otra
cosa.

Pero, para nuestras reprimidas naturalezas, no era el habla
ni el silencio lo que debía verificar
si el circuito funcionaba. Era otra cosa, otra nomenclatura
¿tácita entre el decir y el callar, un asomo, solo un asomo?
reseñada en el gesto preciso al mascullar los números
reales de nuestros postizos cálculos mentales
de aquel tiempo de mascotas eclécticas que nos restaba
una cuota importante de emoción con esa dependencia
de caricias irresolutas que nos llevaban a ninguna parte. Y… nada más
que merezca ser recordado de un modo demasiado preciso o particular.

¡Y todo tan cerca del descontrol total! La idea pura del abismo
en una nimia y por tanto grotesca diferencia
entre todos nosotros, los presuntos implicados contra "el régimen militar"
¿solo por tener que vivir la vida, así nada más?,
nos acorralaba en una angustia socarronamente artera, a todo dar
latiendo en aquello que no lográbamos entender
de lo que anidaba como expresa inquietud en el otro,
en cómo era que nos podríamos comunicar
y acertar en definitiva en un buen acuerdo, aunque fuera implícito, virtual,
pero situados de hecho en la malla expresa del lenguaje más nominal
de los puros gestos aprobatorios.

¿Una leve inclinación de cabezas sutilmente reiterada
sosteniéndonos mutuamente unos a otros la mirada, bastaría?

—Ahora bien, un ejemplo al canto: los carteros
fueron presa fácil, acotemos, si en esa época nunca fallaban
los censuradores del gobierno—
Pero debía bastar, para nosotros en aquel contexto, y no en este
cuatro décadas más tarde, ciertamente.

Ni la versión extraoficial, ni menos la oficial. En todo caso. Sentíamos
ese peso, nada más, el de la confirmación indesmentible
de lo inexorablemente interno de aquel desconcierto
matándonos; el estándar cívico-militar como una enfermedad incurable
a través del exceso televisivo
y de su cena de navidad y de fin de año —a expensas de cada cambio de
folio—
y de su comedia de la tarde.

Y que la visión de las deseantes ¿imágenes inconsultas, atrabiliarias,
inoculándonos en la sangre la vitalidad necesaria de la rebelión?
llenando el cuenco desierto de nuestros sueños convalecientes,
exorcizándonos la sombra yerta, nos mantenía aun así con vida;
lo que estando despiertos era tan descabellado de creer.
Porque dentro del sueño era otra cosa: allí solamente esto acontecía así,
el patrón desbordando por todos sus perímetros a la inquilina
realidad misma, imposible de no objetar
en el hecho mismo, con la palabra libertad.

La estrategia de una infantil asonada
podría ser hoy, entonces, nuestra imagen ideal
objeto de culto. La guerra de los botones en su precuela. Veneramos
su consagración con cada primavera,
se halla en el ritual obrero de las luchas de nuestra sangre;
pero alivianada está en un juego ¿esta estrategia?, es decir,

sin creer religiosamente en ella,
solo como en un juego; precisamente lo infantil
para el desdén de un ser adulto más lúdico. Y
cada tentación perversa de ocultar una carta al menos,
la mejor de cada ronda, o un útil comodín:
esa sana intención de picardía, solamente; o
la mejor mañana, la de tus sueños más caros
¿se nos dijo al oído en ese mismo sueño
con todo nuestro estupor como sola silenciosa respuesta nuestra?,
podría ser la recompensa mayor.

De nuestras ancianas pelvis los decadentes movimientos
que ajenos de bailes sin duda vendrán, no obstante, nos advierten
de lo irreversible, con el triste sello por confirmar
de la pueril imagen desechable de nuestros idos abuelos; nos advierten
de un desenlace más que probable,
de no morir antes, aún jóvenes. ¡Y toma!, esto es para ti. Duele. ¿No?

Inventaríamos la excusa precisa, seguramente. Ante los inevitables hechos
aún sin consumar. Culpando a los parches del dogma
sobre las supuestas heridas de los costados izquierdos interiores
en el poliedro congelado de nuestra habitación.

Tarde y noche de sopaipillas fritas y pasadas. Entonces.
Y aquí no ha pasado nada.
Nada más que otro enésimo final feliz. Coincidiendo
con este invierno. Afortunadamente, decimos. Sí,
claro que sí, era una pesadilla. La pesadilla de la cual se puede despertar
¿diecisiete años después, cuarenta años después?,
como en un liviano cine —nada de autores y de reflexión— rotativo
solo de entretención. El lindo mosaico de platos rotos.

Solo el efecto decorativo
de todo este estropicio.

Un asunto de tiempo

Nos habíamos quedado solos
pensándonos —en ese momento romántico— en el transitorio tranvía
que hace más de medio siglo que no circula
por esta ciudad. Coincido en la forma —nos dijimos—
pero no en el fondo. Comida casera, gustó;
luego ese paseo, iríamos. Toda la familia. Sostiene el trípode:
las estimulantes imágenes primavera-verano
—en fotografías de caballete—
se nos vienen. Desde los padres de nuestros padres
con nuestros padres. Como un placebo

a la nodriza
solo le preocupaba la leche,
que no se endureciera en sus pechos; claramente

el asunto del cuidado de su imagen para con los demás no le importaba,
pero sí lo que era lo de su láctea vocación; y si sonreía con soltura ya era
que aprendía a actuar —dentro de su inculta dispersión para con nosotros—

con naturalidad. Quisimos amarla —a esa imagen rústica—, y la amamos,
claro,
pero en la nana, siempre y cuando ya hubiese oscurecido
para su tierno beso de las buenas noches; y bien,

volveríamos más temprano, al otro envejecido día; espiral,
fría tala de los sueños que no dejan ver el bosque. Mañana
cumplirá 28 años, ¡si parece mentira! Se hace necesario recapitular
en la idea de detención, el aprecio de la propia imagen
inocula con su vidrioso veneno el suero
de la verdad: eras el vigía, sí; creciste más que tu parapeto y mira

dónde estás: cuesta reconocerse en los nuevos pliegues
cuando no se hace el ejercicio diario de reconocerlos
en cada alevoso traspaso del deterioro
de la piel, en el trámite, en el mero trámite del vivir. En la pestaña

del umbral, ahora es que estamos. Y
¿era así que nos divertíamos?: el que pestañea pierde;
tretas de sobremesa; desparrama resuellos de polaroid,
adolescentes instantáneas
interpretaciones tan efímeras,
de la emoción, entelequias, dijiste, creo, o solo lo inaprensible
de nuestros actos reducidos o expandidos a verdaderos sueños
—seduciendo sus interrogantes ¡en nosotros, ya más que adultos!—
porque aún no terminan de configurarse
¡aparecen con tanta borrosa potencia!

Nuestras actuales presencias ahora, son las que se entrampan
con los perimidos ecos de sus imágenes
difusas en la red de internet; las que solo simulan jugar
al peligroso ritmo de sus fantasmales trabalenguas, llamándonos

en nuestros pasos, de vereda a vereda,
a cruzar
sobre los rieles que ocultos duermen su arcaico sopor
bajo el actual enésimo re-asfaltado de calle Condell,
caminando sobre el abismo digital de esta palabra
¿muda ahora en nuestro real encuentro?

Entonces, si en un comienzo esta voz no fue solo un grito,
si al menos fue algo más,
por muy leve que haya sido su tardía digresión adulta
—este mismo lenguaje—,
si cuando hoy despertamos al borde del sueño más profundo,
análogos a esa lengua de bebé —que ahora solo contenemos—,
¿no éramos ya en ese primitivo entonces
en parte acaso nosotros mismos, los de hoy, también?

Contiguo al embarcadero

No, no me acobardo; una peste, paraguas inflexible,
¡esto es una peste! Corporaciones, cuerpos monopólicos
jamás pensé que podrían, ¡entidades económicas! Pero ellas
se hallan suficientes para afectar esta naturaleza,
el cómo una fruta en su idealidad no acabe

joven en la boca, sino que marchitándose
como adorno maduro en su árbol… Más tarde pudría-se;

quién lo diría, contiguo al embarcadero
compañía sociedad anónima: Caronte,
¿ni malo ni bueno?, solo es un tipo
en apariencia lo más displicente, que trata con todos
de hacer bien su pega. Digo, míticamente, ahora, lo inexplicable
subordinado… Es el recurso, este recurso
lo que francamente apesta,
desde este súper-mega-mercado sucursal hemisferio sur
el sin tener, y tener que… citarlo.

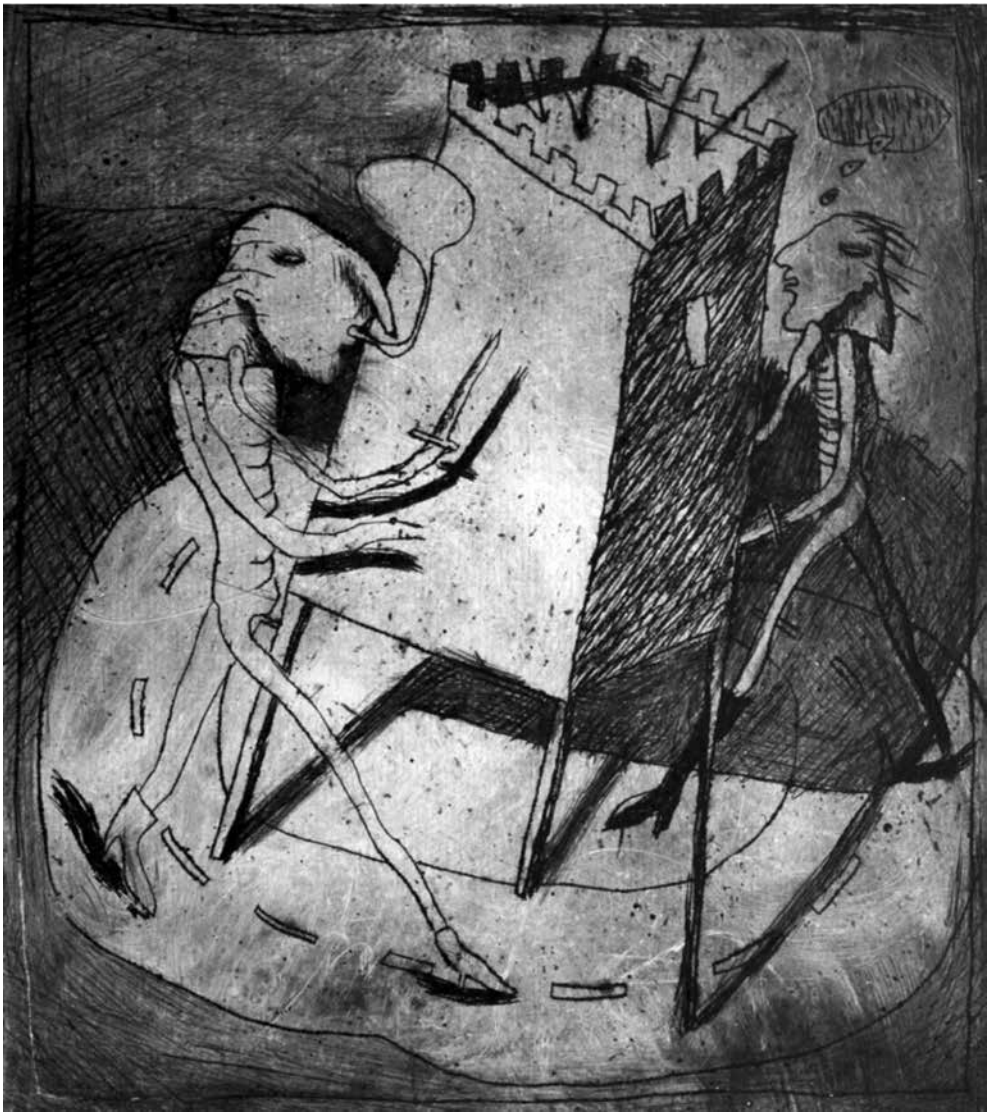
Cómo decirte entonces
esto de tener que, ¡tan de a poco!, tratar
de aprender, esto del morir… día a día;
claro que por acá
nos hemos dejado de sorprender… jóvenes e idealistas
y en nuestras sudamericanas bocas. Las habas también las cocemos.

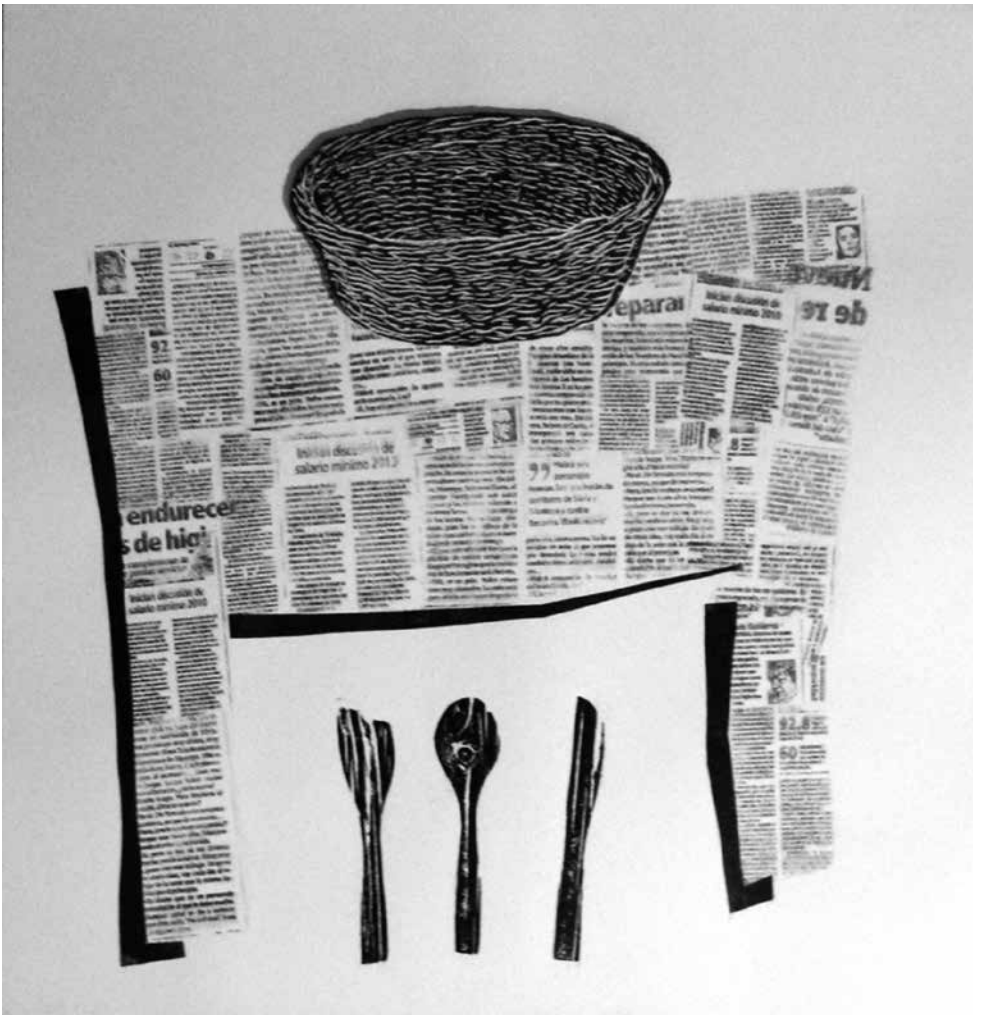
De *Cementerio de disidentes*, inédito.

Edwin Rojas, "América". Aguafuerte, 2006
Edwin Rojas, "Corre que te pillo". Punta seca y Aguatinta, 2006
Axel Ekdahl, "Comedor diario". Técnica mixta, 2012
Axel Ekdahl, "En la cama", Técnica mixta, 2013
Claudia Cataldo, "Los Gemelos". Técnica mixta, 2010
Claudia Cataldo, "El misterio". Técnica mixta sobre papel, 2010
Patricio Bruna, "Los lingotes del general". Técnica mixta, 2013
Patricio Bruna, "Pareja sobre el muro", Témpera sobre madera, 2013
Marko Molina, "Sin título" (detalle), Dibujo sobre papel, Técnica mixta, 2012
Marko Molina, "Sin título" (detalle), Técnica mixta, 2011
Verónica Noriega, "Lima 1", Técnica mixta, 2012
Verónica Noriega, "Lima 2", Técnica mixta, 2011
Zoila Reyes, "Solo", Técnica mixta, 2013
Zoila Reyes, "Tomando el sol", Técnica mixta, 2013
Carolina Salinas, "Calle capón", Aguafuerte, 2013
Carolina Salinas, "Viaje urbano por la ciudad II", Aguafuerte, 2013
Daniel Cotrina, "Músicos", Óleo sobre lienzo, 2012
Daniel Cotrina, "Perros", Óleo sobre lienzo, 2012
Marco Durán, "Combi", Xilografía intervenida digitalmente, 2013
Marco Durán, "Pasajeros en tránsito", Xilografía intervenida digitalmente, 2013

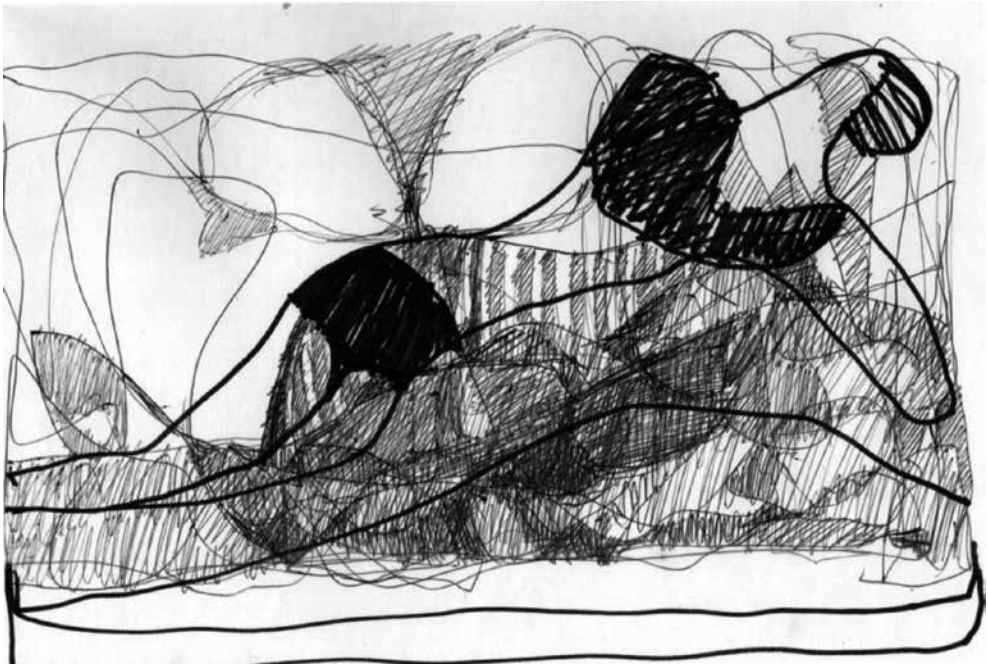
GALERÍA DE IMÁGENES

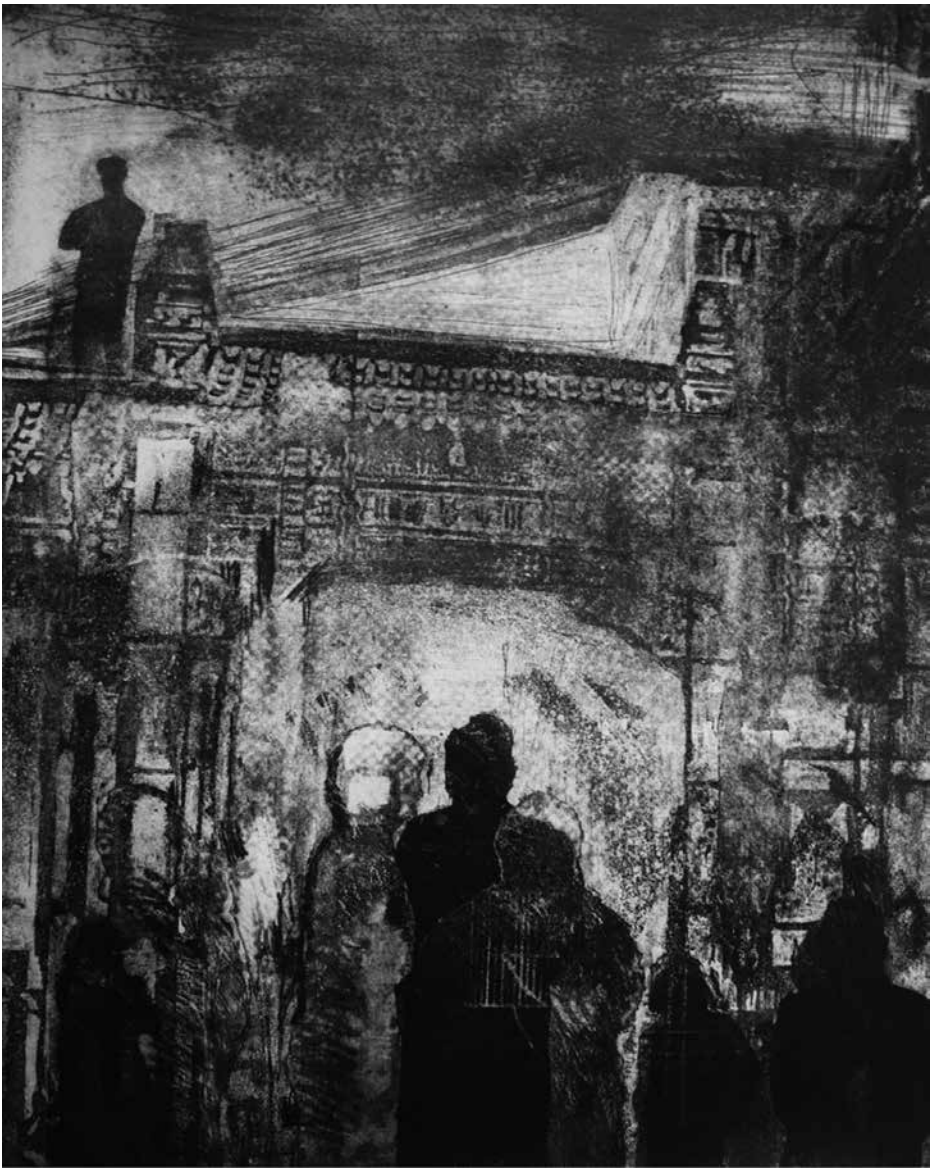
Gráfica
Chile Perú

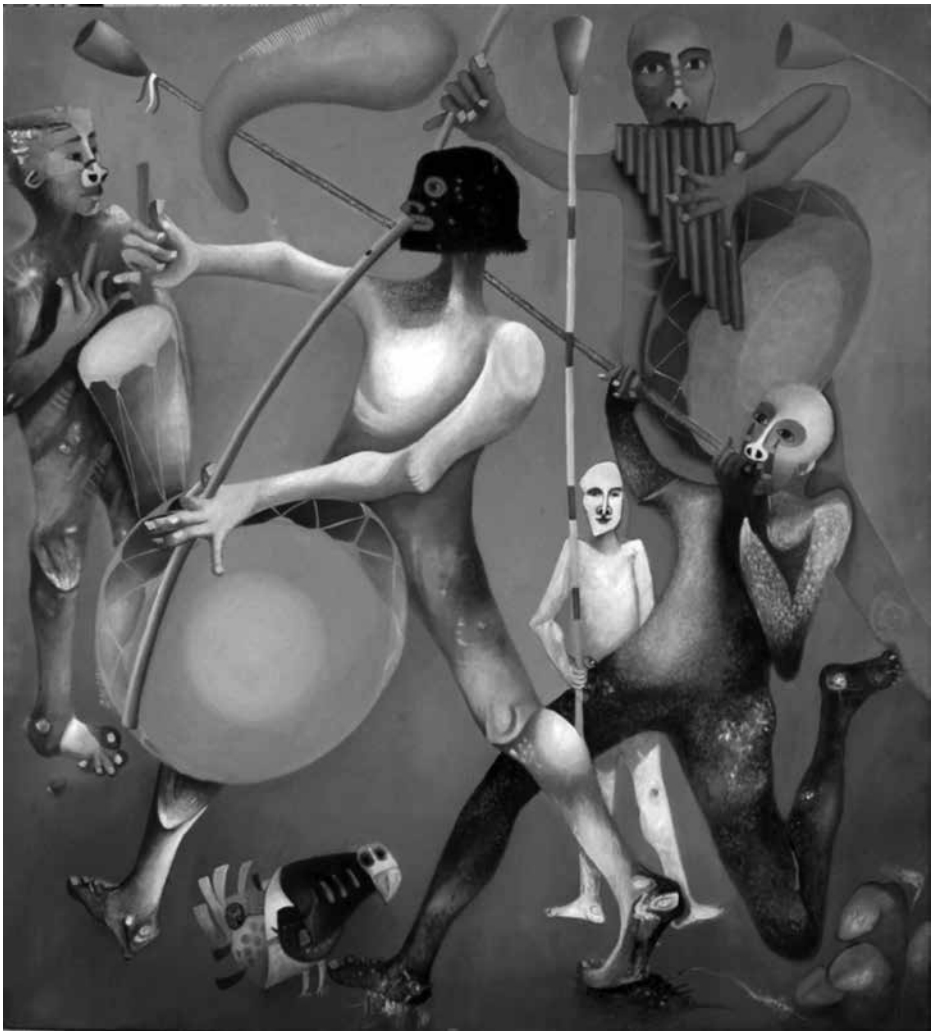




A M K
of
HONG-K
2013







Índice

Presentación Editorial Quimantú 5

Presentación Casa Azul: Contrapunto Chile-Perú: lucha por una producción que no pierda su capacidad de significar 7

Una nueva geopolítica visual y poética para chilenos y peruanos 11

POESÍA Y GRÁFICA PERÚ-CHILE 13

Poesía: Nilton Santiago/ Gráfica: Edwin Rojas 16

- Otro arreglo de cuentas con los pájaros 17
- La hermenéutica de los Búhos 19
- Las cenizas de Ulises 21
- Cinco gramos y medio de milagros 23
- Love history 25
- Fragmentos del mensaje de un ángel en el contestador de un teléfono 26
- La tristeza de Sebastián en sueños 27
- El otro milagro de la rosa 30
- La oscuridad de los gatos era nuestra oscuridad 32
- Todos los infinitos crepúsculos 34
- Otra batalla perdida entre la niebla 35
- Como caracoles que disertan sobre la eternidad 36
- Contra el matrimonio, otra elegía 38

Poesía: Gonzalo Pantigoso/ Gráfica: Axel Ekdahl 42

- Tercer manuscrito 43
- 4 48
- 6 49
- Monólogo de náufrago 50
- Oasis 53
- Si volvieras a conversar con el viento 54

Poesía: Oscar Ramirez/ Gráfica: Claudia Cataldo 56
Libro cuarto: retrato de un orfanato, a propósito de creer en la envidia 57
II 58
III 59
IV 60
V 61
VI 62
VII 63
VIII 64
IX 65
X 66

Poesía: Elí Urbina/ Gráfica: Patricio Bruna 68
Ni porque predije nuestro fin 69
Bola de ratas 71
El perrazo del ansia 72
Y si resucitar significara 73
Solo la muerte sobrevive 75
Todavía el mundo tiene pulso 76
El bosque me convoca y yo me acerco 77
Claridad adentro 78
Cuando brotaron las flores 79
Conciencia animal 80

Poesía: Luis Cruz/ Gráfica: Marko Molina 82
Sinfonía militar N° 100 83
Las horas pasan 84
La segunda opinión de la Luz 86
Epocalipsis 87
El Rodaballo 88
El sol de Rhodesia 89

En la prudencia de la medianoche 91
Renacer por tercera vez (la paciencia del pez) 92
Deconstruyendo una espiral 93
La construcción (hacia el Norte) 94
La ira de Dios 95
Gloria 97
So Long… 98

POESÍA Y GRÁFICA CHILE-PERÚ 99

Poesía: Natalí Aranda / Gráfica: Verónica Noriega 102
Lejana 103
Acto de constante lejanía 105
Abandono 106
Noche que igualas a todas las cosas 107
La casa 108
Huésped 109
La mano del desierto 110
No he nacido 111
Rostros 112
Cinco de la tarde 113
El mar ha entrado 114

Poesía: Héctor Santelices/ Gráfica: Zoila Reyes 116
La noche más callada 117
Somos muertos, inútiles muertos 120
Ventanas 122

Poesía: Claudia Jara/ Gráfica: Carolina Salinas 128
Acerca de cómo contemplar *El hijo del hombre* 129
A ratos 132
Limbo 133

Este es el estadio de las cosas 134
Taxi 135
Breve historia, pero breve 136
Cuerpo 137
Cuento 366 138
Ausencia 139
No tengo flores en mi casa 140
Perros 141

Poesía: André Meyer/ Gráfica: Daniel Cotrina 144
Réquiem 145
El origen del mundo 148
Y 149
Ahora que tu carta ha violado mis ojos 152
Sin 154

Poesía: Patricio Bruna/ Gráfica: Marco Durán 156
Casi como un halo 157
Tal como la dejamos 159
Ahora es la ceiba 161
Como un ardid 163
Ciegos ecuestres (o, ¡Hi-yo, Silver, away!) 165
Cuánticos 166
Hibernados (o, Sin recursos de amparo) 168
Un asunto de tiempo 173
Contiguo al embarcadero 176

Galería de imágenes 177

Índice 199

P L E X O P E R Ú

Poesía y Gráfica Perú-Chile

….el artista siempre está en medio de la realidad y tiene que pronunciarse ante ella, por eso ante el trabajo deficiente de los Estados que se han empecinado en separarnos, señalamos que para nosotros el peruano representa el origen. Muchos venimos del norte de Chile que se emparenta con Bolivia y Perú, también representa el legado de sociedades con un fuerte componente indígena y grandes escritores que lucharon por integrar este indígena a la sociedad peruana. Cómo no apostar a la hermandad reflexiva y crítica de la creación.

Carolina Salinas, "Espera infinita", Colagrafía, 2013

centro de investigaciones poéticas grupo casa azul